

Victorias de la Paz
Diez historias de jóvenes que derrotaron la guerra

Victorias de la paz

Diez historias de jóvenes que derrotaron la guerra



Ernesto
McCausland

Victorias de la paz



Diez historias de jóvenes que derrotaron la guerra

Ernesto McCausland Sojo

Victorias de la paz

Diez historias de jóvenes que derrotaron la guerra

Instituto Colombiano de Bienestar Familiar

Elvira Forero Hernández

Directora General

Dirección editorial

Luz Amparo Guerra - ICBF

Jorge Andrés Gallo - OIM

Textos

Ernesto McCausland Sojo

Fotografías en páginas interiores

Andrés Bermúdez

Fotografías en guardas

María José Botero

Fotografías en páginas

12, 13, 26, 27, 64, 75, 86, 87, 99, 124, 125

Fotografías de stock

Diseño y diagramación

Lina María Botero

Criteria Estudio de Diseño

CTP e Impresión

Panamericana Formas e Impresos S.A.

© Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, Junio 2010

© Organización Internacional para las Migraciones, Junio 2010

© Fotografías interiores: Andrés Bermúdez

© Fotografía en guardas: María José Botero

IMPRESO EN COLOMBIA - PRINTED IN COLOMBIA

ISBN: 978-958-8469-29-4

INSTITUTO COLOMBIANO DE BIENESTAR FAMILIAR

Línea gratuita nacional: 01 8000 91 8080

Tel en Bogotá: (57 1) 437 7630

www.icbf.gov.co

ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL PARA LAS MIGRACIONES

Tel en Bogotá: (57 1) 639 7777

www.oim.org.co

Las
opiniones
expresadas en este
libro son responsabilidad
exclusiva de su autor y no re-
flejan las ideas u opiniones del Ins-
tituto Colombiano de Bienestar Familiar,
la Agencia de los Estados Unidos para el Desa-
rrollo Internacional o la Organización Internacio-
nal para las Migraciones. Queda prohibida, salvo
excepción prevista en la ley, cualquier forma de
reproducción, distribución, comunicación pública
y transformación de esta obra sin contar con la
autorización de los titulares de la propiedad
intelectual. La infracción de los derechos
mencionados puede ser constitutiva del
delito contra la
propiedad
intelectual.

Contenido

Presentación

Doctor Álvaro Uribe Vélez, Presidente de la República 6

Introducción

Doctora Elvira Forero, Directora General Instituto Colombiano de Bienestar Familiar 8

1. Carmen

Cuando acaban las pesadillas 12

2. Canario

Actor de una nueva lucha 26

3. Marly

Cuando sana el alma 40

4. Papo

Sin nombre en una guerra de adultos 52

5. Yomaira

Un bebé para darle otra vida 64

6. Omar

De la tierra prometida al horror de la guerra 74

7. Leonidas

El viaje que marcó mi vida 86

8. Maribel

La niña que vio al duende 98

9. Byron

Un asunto familiar 110

10. Dayro

La sonrisa del panadero 124

Presentación

Doctor Álvaro Uribe Vélez
Presidente de la República de Colombia

Victorias de la paz, diez historias de jóvenes que derrotaron la guerra, escrito por Ernesto McCausland Sojo, es un testimonio de la crueldad del terrorismo con nuestros niños, niñas y jóvenes, y a la vez, es una obra donde la fe y el optimismo permiten entrever un futuro esperanzador para las nuevas generaciones de colombianos.

Nuestro Gobierno es firme en la lucha militar desde la democracia contra los terroristas, y es generoso en la apertura para que se reintegren a la vida constitucional de la Nación. Queremos su rehabilitación total, que estudien, que se integren a sus familias; queremos crearles oportunidades de empleo, oportunidades productivas para que se sientan plenamente acogidos por la sociedad.

Tenemos derecho a que no haya más engaños, a que la seguridad nos dé el camino hacia

la paz. Tenemos que ir, hoy, detrás del propósito de anular a aquellos asesinos profesionales que están en el terrorismo y también de recuperar, vía desmovilización, a toda la niñez y la juventud que por engaño está en los grupos violentos. Para ello es fundamental la labor que ha venido realizando el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar – ICBF, a través del Programa de Atención Especializada a niños, niñas y adolescentes que se desvinculan de grupos armados organizados al margen de la ley. Esta iniciativa que viene operando desde 1999, ha atendido 4.252 pequeños y jóvenes, a quienes se les ha brindado atención en medio socio familiar o institucional en cuatro fases: Identificación y diagnóstico (2 a 3 meses); Intervención (9 a 12 meses); Consolidación (6 a 9 meses); y Seguimiento post-egreso (6 meses); Dicho proceso abarca cinco componen-

tes: salud y nutrición, psicosocial, pedagógico, cultural y de convivencia, y familiar y social.

Estas generaciones, víctimas de las mentiras de esos terroristas, han encontrado, a través del programa la posibilidad de tener una vida productiva y significativa; han visto restituidos sus derechos y se han podido integrar a la sociedad, con el firme e indeclinable compromiso del gobierno para acogerlos de todo corazón. Ese es un compromiso que tenemos que seguir honrando con obras y no con buenas razones, y esas obras se tienen que traducir en resultados.

Aún quedan niños, niñas y adolescentes en los grupos violentos que tanto dolor y sufrimiento han traído a esta Patria. A ellos hacemos un llamado urgente para que se quiten de encima la angustia que produce vivir en la violencia; los invitamos para que se desvinculen y puedan,

muy pronto, reunirse con la familia y alimentar nuevos, tranquilos y emocionantes proyectos.

En estas páginas, el lector encontrará diez historias de vida profundamente conmovedoras, que deben reafirmar nuestra postura frente a la derrota del terrorismo: un camino de fortaleza, sin odio pero con firmeza.

Introducción

Doctora Elvira Forero Hernández

Directora General Instituto Colombiano de Bienestar Familiar

Los reveladores contenidos de los textos plasmados en este libro *Victorias de Paz, diez historias de jóvenes que derrotaron la guerra* de Ernesto McCausland desnudan el impacto de una dolorosa práctica, el reclutamiento forzado de niños en Colombia, por parte de grupos armados organizados al margen de la ley.

El Estado Colombiano, a través del ICBF, y todas sus Instituciones, combate sin tregua esta horrible situación, con el apoyo de la Sociedad.

Estrategias que hacen visible el papel del Gobierno, de las fuerzas militares y el funcionamiento del Sistema General de Bienestar, en la recuperación, rehabilitación y resocialización de los niños que de manera infame un absurdo día de su temprana vida se vieron involucrados en estas situaciones violatorias de los Derechos Humanos.

La firme decisión del Presidente Álvaro Uribe Vélez de crear las condiciones que permitan la desvinculación de todo niño, niña, adolescente de dichos grupos, se ha consolidado con la ejecución de estrategias que garantizan de una parte el proceso de restablecimiento de derechos y de otra, la reintegración social a sus hogares, su terruño, y convertirlos en protagonistas de una vida con futuro.

La complejidad de la vinculación de niños y adolescentes a grupos armados, tiene matices de tipo histórico, familiar, económico, político, social, cultural e incluso de elección personal en un momento del ciclo vital, aún en formación del niño y la niña.

Los jóvenes, en sus narraciones de vida, plantean los diversos significados que le han dado a su paso por un grupo armado ilegal.

El sentido y explicación que cada “ser” pueda darle a esa vivencia y las rupturas con ella misma, es lo que interesa en el momento de una recuperación de su vida hacia sí mismo, familiar y social.

El Programa de atención especializada a niños, niñas y adolescentes desvinculados de grupos armados al margen de la ley, se ha ocupado de acompañar a estos jóvenes, en cada uno de los aspectos de su vida y ser; con el fin de buscar un sentido a la vida civil. La afectación emocional está en el marco de las particularidades y necesidades de cada uno de ellos. A través de procesos narrativos y conversacionales, se reconstruyen sus proyectos de vida presente y futura.

Una vez el o la adolescente llega al Bienestar Familiar, el interés está centrado en la bienvenida, en la estabilización emocional, acogida y acompañamiento para la comprensión y acople del medio social que lo recibe; se desarrollan valoraciones en diferentes componentes de atención, como salud física y mental, reencuentro con la familia, inclusión en el sistema educativo y su interés vocacional.

Posteriormente, en un trabajo conjunto armónico y siempre desde su perspectiva, se cons-

truye un plan de vida orientado hacia el acceso y permanencia en el medio educativo, formación en competencias ciudadanas, capacitación laboral y la reconstrucción del vínculo familiar y de redes sociales.

El proceso de intervención psicosocial es permanente, continuo e integral de acuerdo con la individualidad y necesidades emocionales propias de cada uno.

El logro de este objetivo congrega diferentes fuerzas y participaciones activas: el Estado, a través de sus instituciones, la sociedad misma que le permita y conceda su inclusión de manera natural, y los núcleos familiares, que en muchos casos requieren también de una intervención directa en valores, deberes y derechos para que propicien desde la primera infancia la garantía de derechos que tiene cada niño que llega a formar parte de un hogar. Y no es otra cosa que la aplicación viva del principio de corresponsabilidad, camino expedito para asegurar que los niños y niñas tengan la protección y las oportunidades que necesitan para crecer y desarrollarse sanos y felices. Garantizar los derechos es garantizar que el desarrollo integral se produzca en los niños y niñas de manera natural.

Las historias y vivencias que contiene este libro son un tributo y un reconocimiento a todos los niños, niñas y adolescentes que por la violencia sin sentido han vivido, sometidos por el reclutamiento forzado de estos grupos, experiencias de horror, con la peor vulneración de todos sus derechos humanos.

Ernesto McCausland toca fibras muy sensibles. Su pluma comprende claramente cómo los hechos se califican a sí mismos, y nos lleva a una realidad cruda, dramática y sorprendente, casi inimaginable en la vida de un adolescente.

Quienes tuvimos el privilegio de recorrer un parque, caminar seguros por una vereda, jugar con nuestros amigos, crecer con afecto y estudiar con hermanos ó amigos, no entendemos ni aceptamos cómo pueda existir un solo niño que crezca sometido a la arbitrariedad, con un fusil o un puñado de madera sobre sus frágiles hombros, retenido, sin poder actuar con libertad, sin posibilidades de soñar, ser feliz y alcanzar sus sueños.

Carmen, la protagonista de una de las historias que nos muestra esta realidad, refleja la crudeza de quienes pasan, como dice el autor, “sin puentes ni transiciones, de la infancia a la

adulthood y de la muñeca al fusil, sin siquiera un pretexto auestas”.

Cada historia tiene un tono de angustia pero también de mucha esperanza que nos lleva a recorrer sus historias de vida, con nostalgia por “el Derecho a la Felicidad” que les fue arrebatado en esos bellos y fundamentales años de vida, pero también con la confianza y convicción de que su presente y futuro están incluidos en las diferentes acciones y programas que el Gobierno Nacional ha imprimido a lo largo de estos 8 años, en su política de inversión social, gracias al cimiento de la cohesión social, de la mano de la Seguridad Democrática.

Con esta publicación de Ernesto McCausland, el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar - ICBF, la Organización Internacional para las Migraciones - OIM, y la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional - USAID, reiteramos nuestra invitación a los colombianos para que desde nuestro propio rol como ciudadanos, aportemos para que ni un niño más esté en la guerra. A todos los esperamos aquí en entornos fraternos, de amor, protección y felicidad.

Estas diez conmovedoras historias, se suman a muchas otras de niños y niñas víctimas

de este flagelo, quienes han podido reconstruir sus vidas y en un proceso íntimo de reconciliación con ellos mismos, con su familia y la sociedad han encontrado un lugar en la vida, con caminos y oportunidades libres y sin retención. A ellos y ellas que en el transcurso de su paso por el programa de atención a niñez desvinculada han logrado esa consciencia de lo que pueden ser, hacer y tener; a ellos que nos han mostrado que es posible, confiar en las instituciones, confiar en el otro, dar y recibir respeto y amor, nuestra enorme gratitud y nuestro eterno compromiso.



uno
Carmen

Cuando acaban las pesadillas

Carmen estuvo tres años y medio en la guerrilla. Hoy, a punto de culminar una carrera universitaria, lucha para que su hijo no tenga que vivir lo que ella vivió.

En un pequeño apartamento de la barriada, Carmen despierta todas las mañanas y fija sus ojos en su bebé. Aún dormido, apenas un susurro que resuena entre los primeros calores del día, el niño le transmite una paz única y real, la paz que en veintidós años de vida ella jamás había tenido. Sólo así logra que la tempestad termine de amainar, que su corazón recobre el latido plácido de la vida normal, que su cuerpo deje de sudar entre las sábanas, que el sol hirviente que se cuele por la pequeña ventana erradique con su luz los vestigios finales de la pesadilla.

Ha terminado el desfile de muertos de muchas noches. Muertos suyos y ajenos. Los muertos de tres años y medio en la guerrilla: muertos

que alguien mató ante los ojos impotentes de ella; muertos que vio caer entre la espesura, tras el disparo de su propio AK-47, como espectros en camuflado. Recuerda en especial a un adversario paramilitar. Era ella o él. No tuvo tiempo de pensar que quizá ese hombre, ese fantasma entre el follaje, también tenía mamá, hermanos, vecinos. No. Sólo pensaba que si no ganaba aquel fortuito duelo de fusiles, la ley paraca sólo admitía dos caminos para ella: o la muerte en combate, o la captura, con los consabidos rituales, una violación masiva y luego al final convertirla en picadillo.

Esas fueron las historias de su adolescencia. Esa fue la dudosa lección de vida que le enseñaron sus comandantes en la guerrilla. Carmen



pasó, sin puentes ni transiciones, de la infancia a la adultez, de la muñeca al fusil, sin siquiera un excelente pretexto a cuestras. Al menos no un pretexto de odio o rencor, de privaciones extremas, de abuso infantil, de barbarie doméstica, una de esas historias del niño, en hogar disfuncional, que simplemente no tuvo otro camino en la vida.

Carmen, por el contrario, creció en un hogar de pobreza digna. Jamás faltó un plato de comida, aunque hubo diciembres en que el dinero no alcanzó para que ella y sus ocho hermanos estrenaran ropa. Su padre, trabajando todo el día entre socavones, en pos de vetas de oro para enriquecer al patrón, llegaba a casa tarde en la noche, fundido tras doce horas de picas y carretillas. Era un hombre de corto hablar, a diferencia de su madre, que conducía el hogar a rejo puro, saliendo únicamente a su diaria cita en la iglesia evangélica. A la madre también la habían educado bajo el dogma de que sólo el cuero enderezaba los malos comportamientos, aunque a veces optaba por el castigo de un juramento religioso: “¡Eso lo castiga Dios!”. Era desconfiada por naturaleza y protegía a sus hijos con un celo de gata arisca. Cuando su cuñado llegaba de visita en traje camuflado, ella le advertía que jamás se le

ocurriera aparecerse con un arma. Carmen sólo recuerda a su tío de ropa verde que entraba desarmado con un penetrante olor a sudores y a soles. Jamás supo, ni le interesó, si era paramilitar, guerrillero o soldado. Fue la única vez, antes de los trece años, que vio a un combatiente, aunque por la zona corrían rumores de que los primeros habían llegado a erradicar a los segundos y los terceros intentaban controlar. La niña nada entendía de política y se limitaba a escuchar horrorizada cuando llegaban las historias de hombres que descuartizaban a sus víctimas con motosierras o las lanzaban vivas al río, atadas a fardos de piedras.

Pero aquello era como una mitología, algo distante de su vida que sólo vino a cristalizarse el día en que regresó del colegio y encontró que en la cancha de fútbol contigua a su casa estaba acampando un extraño ejército de hombres y mujeres. Eran paramilitares. Fue imposible no trabar amistad con algunos de ellos, más aún cuando le solicitaron a su madre, con el poder de convencimiento que sólo puede dar un fusil, que les cocinara todos los días. Así llegó el conflicto colombiano a la conciencia de Carmen y lo hizo acompañado de un incierto aliado: el amor.

Carmen pasó, sin puentes ni transiciones, de la infancia a la adultez, de la muñeca al fusil, sin siquiera un excelente pretexto a cuestras.

Era un joven combatiente con el que comenzó a verse furtivamente en las noches. Al joven le sobraron arrojos para pedirle a la madre que le permitiera visitar a Carmen, pero aquella armó escándalo y se opuso. Aun unos meses después, cuando el joven decidió dejar la autodefensa, regresar a su pueblo, y trabajar como mensajero, continuó la oposición de la madre. Por eso Carmen decidió irse a vivir con él. Unas semanas después, cuando Carmen reconsideró ese paso y concluyó que a los trece años no estaba lista

para la vida matrimonial, regresándose a casa con la cabeza gacha, las cosas ya no fueron lo mismo entre madre e hija. Carmen fue golpeada y agredida verbalmente en varias ocasiones. Incluso, la madre llegó a sacarle sangre, en uno de sus frecuentes ataques con durísimos palos de escobilla. Incitada por sus compañeros de la iglesia, mareada por los rumores callejeros de que Carmen prefería a los amigos que a las amigas, la madre se salía de casillas con frecuencia. Carmen poco le respondía, hasta que un día le dijo cualquier frase medio insolente. Fue lo peor que se le pudo ocurrir. “¡Te va a salir un perro negro botando candela por los ojos!”, sentenció, y luego le pegó la peor de las bofetadas, que le torció la cabeza a Carmen, le hizo ver estrellitas y la mandó al más incierto de los destinos.

De ese suceso han pasado ya ocho años y medio. Ahora Carmen, con el alma llena de cicatrices, se mueve como pez en el agua en el espacio abigarrado de una gran ciudad. Estudia en la universidad con una meta académica muy concreta, pero más aún con el objetivo de que su hijo jamás tenga que llegar a la bifurcación de caminos a la que ella un día llegó, luego de aquella bofetada bestial. Con las mejillas aún adolo-

ridas, salió de su casa sin ropa ni maletas, como impulsada por la misma inercia del golpe, y echó a andar sin rumbo. Llegó a un pueblo donde conoció a una joven de su edad que le propuso irse al otro lado de la gran montaña. Fueron tres días de camino hasta llegar a un villorrio en la mitad de la nada. Allí encontraron trabajo, en el único restaurante del pueblo. A la semana Carmen reunió lo suficiente para comprar la primera muda de ropa de su nueva vida. Fue precisamente en esos días cuando del monte, como si los pariera la maleza, comenzaron a aparecer guerrilleros. Eran de las FARC, del ELN, del ERP. Decían estar buscando paramilitares y pronto Carmen tuvo noticia de que uno de los jefes andaba indagando por ella, bajo la sospecha de que era una espía del enemigo. Carmen no tenía idea de qué le hablaban y lo desmintió airadamente. Fue natural, además, que entrara en conversaciones con un puñado de niñas guerrilleras que apenas podían cargar pequeños fusiles. Fueron ellas, “las pelaítas esas”, quienes primero se lo propusieron: que se fuera al monte con las FARC. Nunca nadie intentó meterle en la cabeza que iba a luchar por unos ideales. Sólo le dijeron frases imprecisas como “eso acá es muy bueno”, haciendo hincapié en la gran ven-

taja de que tendría salida cuando ella quisiera. También los guerrilleros del ELN le propusieron irse con ellos, asegurándole que en las FARC jamás tendría salida, en cambio con ellos sí. Pronto se armó una puja, en la que ambos movimientos subversivos le proponían lo mismo. Finalmente una tarde, tras tomarse unas cervezas que hicieron aun más frágil su voluntad y ante la voz amenazante de uno de los Comandantes, Carmen terminó marchándose con las FARC.

El objetivo era llegar al campamento, lo cual les tomó una semana, caminando entre trochas escarpadas, sometidos al azote del frío y la hostilidad del monte. El engaño fue consolidándose poco a poco. Cuando le entregaron el uniforme, le ordenaron que regalara la ropa que acababa de comprar. Ella se negó, argumentando que si la regalaba no tendría qué ponerse para el día en que le tocara salida. Pero la orden fue terminante. Carmen, y otras dos menores que tampoco llegaban a los catorce años, no tardaron en darse cuenta de que jamás obtendrían un permiso de salida. Habían sido engañadas, forzadas a permanecer en un grupo subversivo cuyas motivaciones ni fundamentos alcanzaban a comprender.



Todo fue paulatino, como para no espantar a esas tres niñas que marchaban sin repique de tambores a una guerra que no entendían: no les entregaron de una vez un arma larga, sino que les enseñaron a desarmar y armar los AK, dándoles apenas un revólver pequeño; no las obligaron a hacer guardia todas las noches, una experiencia que para Carmen resultaba aterradora, sino que muy de vez en cuando las convocaban para esa labor.

Pero para Carmen se hizo evidente, a medida que pasaban los días, que el duro mundo de la subversión iba creciendo a su alrededor, que sus responsabilidades aumentaban, que los castigos resultaban severos si se oponía a cualquier orden. Allí se consolidó como una guerrillera responsable y valiente, aunque no tenía agüeros para cuestionar a los comandantes en las reuniones de adoctrinamiento. “Ustedes dicen pelear por la gente, pero llegan a un pueblo y matan a alguien porque les llevaron un chisme”, le dijo una vez a un comandante. Alguien le advirtió que se quedara callada, que esas cosas en la subversión podían malinterpretarse. Pero sus procederes en combate, y en las misiones que le encomendaban, desvanecían cualquier sospecha. Recuerda

con horror el día en que dos jovencitos recién reclutados, que no llegaban a los trece años, fueron sorprendidos tratando de escapar, además con un arma robada al mismo frente guerrillero. Un rápido consejo de guerra, adelantado por los guerrilleros rasos, sentenció trabajos pesados. Pero el comandante no aceptó el veredicto y dispuso fusilamiento. Carmen presenció todo desde prudente distancia, e incluso mintió piadosamente cuando uno de los muchachitos, con los ojos tapados, le preguntó si lo iban a matar. La orden le fue encomendada a una joven que sentía pánico por las armas. La joven, que además había votado a favor de los trabajos pesados, respondió que le era imposible cumplir con la ejecución. Le notificaron entonces que si no los mataba, ella se moría. Para esa misión, le asignaron como compañero a un guerrillero que era el más sanguinario del grupo, un fulano que solía bañarse en la sangre de sus víctimas. Los muchachitos fueron obligados a cavar sus propias fosas y a acostarse bocabajo en el fondo de ellas. Tras una larga espera, sometida a múltiples presiones, la joven disparó varias veces sin mirar. Las víctimas quedaron vivas, agonizantes. Con evidente placer, el sanguinario completó la faena. El mensaje no

podía ser más claro para todo aquel que estuviera acariciando la idea de escapar.

Esos, y muchos más, son los muertos de las pesadillas de Carmen, los fantasmas que perturban su inconsciente. Ahora, con la formación humanista que le otorga la carrera que está estudiando, puede ver todo aquello como un panteón distante, una vivencia ya superada, pero que definitivamente existió. En la nueva vida hay nuevas amistades y a ellas ha tenido que inventarles un pedazo de su existencia. Una de sus compañeras, que estaba organizando el quinceañero de su hija, le preguntó cómo había sido el suyo. Carmen inventó una fiesta que nunca existió: en realidad, el día de sus quince años, ella estaba castigada por una falta menor, limpiando monte a puro machete, sus manos llenas de ampollas.

Ya convertida en enfermera de combate, obtenida la confianza de sus comandantes, Carmen estaba libre de sospechas. Pero lo cierto es que dos años después de haber ingresado a la guerrilla, ella había comenzado a acariciar la idea de volarse. Al principio se trató de una noción incipiente que fue creciendo dentro de su mente y su corazón, y que ella mantuvo allí blindada por semanas enteras, ante el temor justifi-

Una de sus compañeras, que estaba organizando el quinceañero de su hija, le preguntó cómo había sido el suyo. Carmen inventó una fiesta que nunca existió: en realidad, el día de sus quince años, ella estaba castigada por una falta menor, limpiando monte a puro machete, sus manos llenas de ampollas.

cado de que un intento fallido le costaría la vida. Luego pasó a las fuerzas especiales, el grupo que hacía la vanguardia en los ataques. Estando allí, durante el ataque a una base paramilitar, Carmen sintió la muerte más cerca que nunca. Una ráfaga de disparos pegó tan cerca de ella, que la arena levantada le cayó en los ojos. Pocos días después de ese episodio, Carmen decidió que había llegado la hora de la fuga y se lo confió a Yelena, otra combatiente rasa. Yelena aceptó y las dos fraguaron el plan. Pero hubo tropiezos, y la intención se pospuso en varias ocasiones. En esos días llevaron al campamento a Jairo, un guerrillero que estaba detenido por haber reincidido en consumo de drogas. Carmen le propuso a Jairo que participara en la fuga. Yelena, a su vez, se lo propuso a Manuel. Entre tanto Carmen enfermó de paludismo y eso complicó aún más las cosas. Pero la fuga no podía esperar. Demasiada gente sabía y esa información podía resultar mortal. Así las cosas, sin haber superado siquiera la etapa de las fiebres del paludismo, la joven de dieciséis años lideró el grupo de cinco que en la noche oscura del primero de abril de 2004, por fortuna sin luna que alumbrara, se fugó de un campamento de doscientos guerrilleros.

Entre tanto Carmen enfermó de paludismo y eso complicó aún más las cosas. Pero la fuga no podía esperar.

Hoy Carmen asegura que una mano providencial la acompañó. Justo después de activado el plan, un perro ladró con insistencia, el grupo hizo mucho más ruido del que había planeado, y uno de los fugitivos jamás apareció. Pero nadie se dio cuenta, al menos hasta que no llevaban una incipiente ventaja de dos kilómetros. La persecución no se hizo esperar y los fugitivos se dieron cuenta de que cada vez que tomaban el camino principal, el escuadrón de cazadores los detectaba. De allí que optaran por la más penosa de las alternativas, correr por el monte, alimentándose de lo que éste les proporcionara, durmiendo como animales sobre los árboles, sin una gota de agua para bañarse. Sólo una semana después, decidieron regresar

a la trocha y de inmediato se encontraron con el grupo de perseguidores. Así, ante los ojos horrorizados de Carmen y sus compañeros, Jairo fue abatido de un disparo en la cabeza. Los fugitivos corrieron como pudieron en medio de una lluvia de balas y finalmente hallaron una cueva en la que pudieron esconderse. Allí permanecieron una semana, comiendo hierba seca y alimañas, hasta que pudieron salir. Continuaron por el monte y finalmente llegaron a un pueblo. En la base militar de la localidad, se entregaron a las autoridades.

La Carmen de hoy sostiene que su vida es un milagro. En los cinco años que han transcurrido desde su fuga, se ha acogido con disciplina al Programa de Atención Especializada que adelanta el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. Durante este tiempo, Carmen estuvo primero durante treinta días en un Hogar Transitorio, donde se realizó el proceso de identificación, el diagnóstico de la situación psico-afectiva y familiar y la valoración de sus habilidades y condiciones de salud.

De allí pasó al Centro de Atención Especializada (CAE), donde recibió múltiples cursos: Módulo Cero, con énfasis en la formación de valores y una ilustración inicial en conocimiento em-

presarial; Promotores de Convivencia, a través del cual aprendió a valorar el mundo a su alrededor, a mejorar la calidad de vida, a construirse como persona y a demostrar que la guerra puede conllevar a una paz duradera; Patios Productivos, para aprender a hacer productiva la tierra; Primeros Auxilios e Inyectología, algo de lo cual Carmen ya tenía una idea luego de su paso por la guerrilla; Matemáticas, materia electiva que ella tomó para reforzar un área en la cual se considera deficiente; Educación Materna, un curso que mucho le serviría más adelante, cuando se convertiría en madre, e Informáticas Básica y Avanzada, que le permitieron aprender a manejar un computador, tal como hoy lo hace con mucha destreza, dominando internet y redactando sus trabajos universitarios.

En el CAE estuvo durante un año, al término del cual pasó al Centro de Referencia y Oportunidades Juveniles (CROJ), una estrategia de acompañamiento y seguimiento que busca generar oportunidades de inclusión social, construcción de nuevos vínculos una vez los jóvenes egresan del Programa.

Carmen optó por una carrera universitaria, lo cual le otorga el derecho a continuar recibiendo

en su pequeño
apartamento,
Carmen atiende
a sus clientas, hace
manicuras, pedicuras,
tratamientos faciales,
peinados, maquillajes
y presta muchos
otros servicios.

un estipendio mensual que le permite sostenerse en la ciudad donde hoy vive, lejos de sus padres y de la zona donde ha sido declarada “objetivo militar” por la guerrilla. El último de los cursos que tomó, de Belleza Integral, le ha generado ingresos adicionales: en su pequeño apartamento, en el tiempo que le permite la universidad, Carmen atiende a sus clientas, hace manicuras, pedicuras, tratamientos faciales, peinados, maquillajes y presta muchos otros servicios. “Espero que esto siga creciendo”, dice Carmen.

Nada ha sido fácil para Carmen en su nueva vida, más ahora que es madre soltera. Pero jamás ha desfallecido y en su rostro se advierte un sosiego y una sabiduría que sólo son posibles en la experiencia. Aunque queda mucho en ella de una niña, sus pómulos firmes y prominentes, un par de ojos negros que reflejan algo de inocencia, se advierte que ha vivido mucho más que los veintidós años cronológicos de vida. Aún la asaltan esas pesadillas, como una especie de memoria exaltada de la vida a la que fue obligada. Pero siempre hay un despertar. Y en ese despertar está el bebé, el susurro de su respiración muy temprano en la mañana.





dos
El Canario



Actor de una nueva lucha

El Canario proviene de una de las zonas más pobres de Colombia, un medio que lo mandó a la guerra. Hoy el teatro es su gran instrumento en el retorno.

Quien habla es El Canario, una voz profunda y desbocada que vuela entre historias como si pasara de un árbol a otro. Igual se remonta al pasado, recrea vívidamente su infancia en las riveras del río San Carlos, pasa veloz por sus pequeñas leyendas de la guerra sanguinaria, y aterriza en el presente, donde lo recibe un portón abierto de par en par. Es el presente del joven que ha terminado su paso institucional por el Centro de Atención Especializada (CAE) y sale a enfrentarse al mundo real. Atrás han quedado los remilgos de

la desvinculación del grupo armado, el muchacho recién llegado que a todo le ponía peros: si llegaban nuevos desvinculados al Centro, y a éstos se les entregaba una almohada, este canario cantaba con nota disonante, preguntando por qué a él no le daban almohada. No lo hacía de una manera amable, ni cortés, sino que efectuaba el cuestionamiento con ánimo pugnaz, llegando a insinuar incluso que a él no le habían dado almohada porque algún funcionario se la había robado. Entonces los funcionarios iban a su cama, y allí encontraban su almohada, igual a la de todos, el pasivo símbolo de un muchacho que se atrevió a dejar atrás el mundo de la barbarie, su AK-47 incluido, pero que llegó a la vida normal armado con su lengua de ofidio.

Ahora han quedado atrás los remilgos, las retahílas cargadas de encono, de la misma manera en que quedó atrás la guerra del monte, sus acciones como miembro de la Comisión de Finanzas de las FARC, el grupo que se encargaba de trasladar por ríos, cañadas, trochas y montañas miles de millones de pesos. Ahora, en su atornada locuacidad, El Canario cuenta con orgullo, con una jactancia mulata que le infla el pecho, que en más de una ocasión se quedó solitario con

sumas astronómicas, paquetes de billetes que brillaban con luz propia dentro de un arrume de tulas, y ni siquiera le dio largas a la idea de mandar todo al diablo y volarse millonario. Incluso, en una ocasión, en medio del chorro abierto de la lluvia de noviembre, se halló a sí mismo con un cargamento de dólares en plena carretera Panamericana, sus compañeros de misión a horas de distancia. Bastaba solamente extender la mano, detener un bus y salir sentado con rumbo al paraíso. Pero no lo hizo. Lo enfatiza con el vozarrón de trueno, su altivez de príncipe zulú. Simplemente no lo hizo.

Ahora El Canario es un egresado, ya viviendo en un hogar independiente. Contra todas las posibilidades, ha cumplido la primera fase en el proceso de restablecimiento de derechos y ha emprendido una nueva vida que le demandará más responsabilidades, pero para la que al menos está preparado. Ya no es un rebelde sin causa, como un tigrillo que alguien le hubiese arrancado a la selva. Ya aprendió que es posible recibir un “no” como respuesta e incluso llegó al punto óptimo, ideal, muy extraño en él, en que sabe escuchar. Unos días después de haber salido del Centro de Atención Especializada se encontró con

...se halló a sí mismo
con un cargamento de
dólares en plena carretera
Panamericana (...) Bastaba
solamente extender la
mano, detener un bus y
salir sentado con rumbo al
paraíso. Pero no lo hizo.

una de las funcionarias en un evento deportivo. Ella se le acercó a saludarlo, algo emocionada, pero también con la viva expectativa de saber qué iba a decir, con qué iba a salir. Y El Canario dijo sin inmutarse, sin un ápice de cinismo en su actitud, sin arrogancia ni duda alguna, que le hacía falta el CAE, incluso las cantaletas. Lo dijo y remató con una cierta risilla burlona, como si con ella estuviera aceptando que lo que él consideraba cantaletas no eran más que llamados al

orden, la voz de la autoridad formal que nunca antes había conocido; esa que simplemente lo conminaba a que ordenara bien la cama y que cerrara la puerta al salir; la misma voz que debió volverse más enérgica el día en que El Canario se fue a los puños con otro desvinculado, luego de una trivial discusión de convivencia.

Entonces esos funcionarios, el día en que lo vieron marcharse con dos maletas y un inusitado aplomo, entendieron que había valido la pena, que El Canario finalmente había entendido que afuera la vida le esperaba, que a los dieciocho años le sobra tiempo para emprender las cosas que ha ido admitiendo en su mente: un proyecto productivo en el campo, una carrera como compositor, una tienda bien surtida, muchas obras de teatro. Y aunque sostenía que estaba algo nervioso, asegurando que temía por su seguridad en la calle, todos sabían que el verdadero temor estaba en su interior, en encontrarse a ese mundo de cemento y gas carbónico que no le era familiar. Pero saltó a la calle como una encarnación de su apodo, y esos funcionarios lo vieron asumir el reto con la cabeza en alto, la enorme sombra caoba perdiéndose en la distancia, con la determinación del que está preparado para algo

más; algo distinto al Chocó marginal, el Chocó del niño que corría entre los playones pantanosos y las casuchas de madera de San Carlos, el pueblo natal, el lugar donde esta historia comenzó, el punto extraviado del mundo al que a la banda de “Los Benkos” se le ocurrió la mala idea de llegar. Eran cuatreros y robaban todo ganado que se les atravesara. No reparaban en vacas flacas o gordas, o en toros viejos, o en toretes mansos. Arrasaban con todo sin preguntar y empobrecían más aquel territorio de desposeídos. El Canario tenía en ese entonces apenas siete años y todo aquello ya era parte de su mundo, parte de la leyenda cotidiana que en ciertos días sacudía al pueblo, los abigeos que pasaban por el pueblo arreando el ganado, en medio de una nube de polvo y un retumbe de cascos en la arena. Pero pronto llegaron los paramilitares, la hora en que el Bloque Calima se propuso acabarlos, y entonces la sangre corrió fresca por aquel pueblucho remoto, situado a orillas de un río angosto de aguas pardas que nadie sabe ni de dónde viene ni para dónde va.

Y cuando ellos hubieron espantado a “Los Benkos”, y mientras los ganaderos celebraban la paz, buscaron qué hacer y lo hallaron en su ima-

Contra todas las posibilidades, ha cumplido la primera fase en el proceso de restablecimiento de derechos y ha emprendido una nueva vida que le demandará más responsabilidades, pero para la que al menos está preparado.



ginación: armaron una guerra contra la guerrilla, lo cual era plenamente consecuente con su razón de ser, de existir, de haber nacido con el rótulo de autodefensas. Sólo que en esa zona no había guerrilla y por lo tanto pelearon contra enemigo imaginario. El Canario, ya con diez años, los vio llegar una madrugada a la pequeña finca de la familia, sacar de la cama a uno de sus tíos, conducirlo al patíbulo improvisado de una cancha de fútbol, amarrarlo a un palo torcido, y ejecutarlo de veinte balazos,

bajo la acusación de ser informante de la guerrilla. Todos, El Canario, su madre, sus dos hermanos menores, su otro tío, contemplaron todo aquello con un silencio de terror, como si sus corazones no estuvieran a punto de estallar muy adentro, y si se movieron, fue ante la amenaza terminante: tenían una hora para largarse de allí.

Así, dejando atrás sus tierras, y la mayor parte de sus pertenencias, fueron a parar a Trojas de la Virgen, donde un familiar les dio posada. Hasta allí llegaban los tentáculos de la auto-

defensa y El Canario tuvo siempre la certeza de que tarde o temprano se aparecerían. La amenaza se fue re-

crudiendo, al punto de que niños y adultos ya dormían con las botas al pie de la cama. Y así fue. Un día se aparecieron con su tropel en medio de

la madrugada y la familia huyó de allí despavorida, salió del departamento y se ubicó en un pueblo



Todos, El Canario, su madre, sus dos hermanos menores, su otro tío, contemplaron todo aquello con un silencio de terror, como si sus corazones no estuvieran a punto de estallar muy adentro...

grande, en un barrio de desplazados, hacinándose en una casucha estrecha con paredes de cartón y techo de plástico. Pocos días después, El Canario tomó la determinación de regresar solo al Chocó. Así conoció a un joven que le ofreció irse con la guerrilla, asegurándole que allí le pagarían quinientos cincuenta mil pesos mensuales. Ya en la guerrilla le dijeron la verdad: aquí no hay sueldo, lo tomas o lo dejas. Para El Canario bastó acordarse de su tío moribundo en la cancha de la escuela de San Carlos. La memoria fue su motivación. Así tomó la decisión de volverse guerrillero.

Sus palabras se vuelven aún más atropelladas cuando relata las historias de la guerra. Del caudal de su voz brotan pasajes escabrosos, que El Canario relata como si se tratara de las travesuras de su niñez, empleando efectos sonoros, gesticulando con ahínco, como si estuviese en medio de la más escabrosa obra teatral. Y en ese compendio macabro, ese ínfimo fragmento afrocolombiano de la barbarie nacional, hay momentos de momentos, no solamente las aventuras con tulas de dinero como parte de la Comisión de Finanzas, sino también combates, ataques a pueblos, sentimientos encontrados dentro de su

propio corazón, como aquella tarde en que, junto con una cuadrilla de compañeros, se agazapaban junto al río, mirando hacia la otra orilla, observando con detenimiento la fiesta que transcurría en aquel pequeño pueblo: la gente que bailaba inocentemente en la plaza; el inspector que condecoraba a la maestra; el cura que convocaba a la celebración religiosa; los niños que corrían jubilosos por entre los recovecos de la plaza; los policías que coqueteaban con las chicas del pueblo; la música de temporada que electrizaba el aire. Y El Canario recuerda que, mientras apretaba el fierro, a la espera de una orden superior que definitivamente no quería oír, comenzó a llorar en silencio. Bastó recordar los días de San Carlos, todos los detalles de su infancia extraviada, las navidades de cielos estrellados, para que al guerrero se le llenaran los ojos de lágrimas. Entonces se escuchó la voz del comandante: “¡Pren dan eso!”. Y la máquina de muerte se activó. Mientras en el rostro de El Canario las lágrimas furtivas terminaban de secarse, cruzaron el río y procedieron a despedazar aquel cuadro primitivista. La gente corrió despavorida. No quedó un alma, solamente un montón de guirnaldas y banderolas que insistían en bailar con el viento.

Los policías se atrincheraron. El Canario divisó a uno en particular que disparaba desde una garita. Le apuntó desde unos quinientos metros y lo mató. Luego se apoderó del fusil y arrojó en el río su vieja AK “Pat’eguitarra” a la que le faltaban cuatro piezas.

Ahora del estruendo de balas y morteros, de los gritos que exigen sangre y muerte, de los aullidos de los moribundos y el canto marcial de los vencedores, no queda sino el más aterrador de los silencios, la memoria del alma revisada, la voz impetuosa de la selva sanguinaria. Ahora, cuando su apuesta es por la paz, al mirar a su alrededor El Canario ya no ve camuflados y fusiles, sino manos extendidas, profesionales que emprenden la misión de explicarle el designio sagrado de la nueva vida, ésa que escogió cuando decidió entregarse, la noche de luna creciente en que corrió hacia el final de la desventura. Una comandante lo había enviado en misión financiera, junto con Adela, otra guerrillera rasa. Llevaban mucho dinero y pronto El Canario comenzó a darse cuenta de cosas, de pequeños detalles en el comportamiento de Adela, miradas nerviosas, como si ocultara algo. A medida que avanzaban por la selva, las sospechas crecieron,

hasta que esa noche sin cigarras El Canario decidió abrir muy bien abiertos los ojos que todo combatiente lleva en la nuca. Así pudo ver claramente que Adela había montado el revólver y se aprestaba para encañonarlo y huir con el dinero. Pero El Canario –héroe insigne de sus propias historias– se le adelantó, y la desarmó después de pegarle un tiro en el pie. Ella, viéndose descubierta, intentó proponerle que emprendieran la fuga conjuntamente. Era demasiado tarde. Su destino estaba escrito y el que ella continuara con vida no se hallaba en los planes de nadie. Con el arma aún humeante, El Canario se guardó tres millones de pesos en las botas y salió rumbo a la carretera, donde tomó un bus. Unos kilómetros más adelante, al verlo en traje de camuflado, el auxiliar del bus quiso pedirle a El Canario que se bajara. Pero éste le introdujo el cañón en la boca, dándole a entender claramente que bajarse del bus equivalía a bajarse de su viaje resuelto hacia la paz.

Todo aquello, y mucho más, es ahora una obra de teatro. Lleva por nombre *Mi experiencia*. Su creador, El Canario, asegura que fue muy fácil escribirla, que solamente le tomó cinco minutos porque la historia estaba allí, atrapada como un cotorro escandaloso en la jaula de su mente, una memoria viva de instantes y secuencias en la narcoinsurgencia: las noches en un aeropuerto oficial del Urabá, entregándoles cargamentos de cocaína a pilotos mexicanos, recibiendo el dinero en cajas, y luego contando dólar por dólar durante horas en un salón contiguo a la torre de control; la tarde entera de mayo, en víspera de una ofensiva bélica, relleno los balones con explosivo y metralla, luego cerrándolos con hilo y aguja, y enterrándolos para esperar el combate; la secuestrada, acusada de ser amiga de los paramilitares, que se le arrodilló a suplicarle que se volara con ella; y, el momento que aún le saca risillas socarronas, los reinados de belleza en la sede del Estado Mayor del Bloque Oriental, donde las candidatas –guerrilleras combatientes– desfilaban con camuflados, entre vítores de compañeros armados. Precisamente de esos reinados de la guerra le quedó a El Canario una

canción que compuso en medio de la efervescencia de una coronación: lleva por título “La guerrillera” y fue grabada por Julián Conrado, la voz vallenata de las FARC:

*Oye tú, guerrillera
que te bañas en las
bellas aguas de este paraíso,
de este manantial,
un día llorando en el monte
encontró un sinsonte
muy encapotado
y al ver que era
una guerrillera
que su amor ardiente
le había negado
Guerrillera
me has herido el alma,
guerrillera yo sufro por ti*

Después de cantar la canción *a capela* asegura que es esa la que más le gusta, aunque tiene muchas otras que mostrar, también grabadas por Conrado, como la autobiográfica “El negro” y la humorística “El animalito”, temas que El Canario interpreta no necesariamente con voz afinada, pero sí con un ímpetu peculiar, como si quisiera

demostrar a toda costa que no sólo en su pasado fue una aceitada máquina de matar, sino también un hombre sensible, que le sacó a la guerra un puñado de canciones y unas lágrimas fugaces.

Pero ahora lo suyo es el teatro, para lo cual está estudiando, con el deseo de llegar a ser algún día como “esa señora con peluca roja que aparece en televisión”. Y aparte de ese reconocimiento a medias para la finada Fanny Mickey, son muy pocas las referencias históricas y académicas que El Canario tiene del arte que ahora le apasiona, bajo la plena convicción de que no las necesita. Se ufana de poder crear una obra en un par de minutos, como ya lo hizo con “Contra tanto” y con “Mi experiencia”. Una reciente vivencia lo motiva: al estreno de la segunda asistieron seiscientas personas, que al final aplaudieron estruendosamente a los jóvenes encapuchados que la habían protagonizado. El Canario había decidido cubrirse la cara por razones de seguridad, pero fue tal la emoción que al final, al calor de la ovación, se quitó la capucha. Así todos pudieron ver al artífice de esa historia de desarraigo, balas y redención, un negro gigantesco como un trotamundo de Harlem que mostraba una sonrisa de párvulo ante la salva de aplausos.





tres
Marly



Cuando sana el alma

Marly pasó cuatro años y once meses en el ELN, viviendo en medio de las peores atrocidades de la guerra. La enfermería le ha servido para curar a muchos, incluyéndose a sí misma.

Marly pertenece a un pueblo indígena que mantiene vivas sus tradiciones, y que cada año puntualmente celebra su carnaval. Desde el domingo anterior al miércoles de ceniza comienza la festividad, con danzas ancestrales y música de flautas, tambores, cascabeles y conchas. Marly recuerda los carnavales de su infancia. Eran el escape perfecto para todo lo que estaba viviendo en su casa.

Desde que me acuerdo, yo era una de las más odiadas por los otros niños. Yo era muy peleonera y envidiosa. Si me hacían algo, yo devolvía el doble. Mi madre me aplicaba el castigo que ordenaba la tradición, obligándome a arrodillar sobre granos de maíz crudo. Si la falta era muy grave, sacaba un rejo de cuero de vaca, con nudos en la punta, y me daba duro. Una vez me acusó ante el

Cabildo-Gobernador y éste me castigó. También mis tíos me pegaban. Me llamaban “boba”, “lela”, “floja”. La verdad es que yo no era ninguna perita en dulce. Cuando mi mamá no estaba, yo trataba muy mal a mi hermano. Ella regresaba y mi hermano le contaba todo. Entonces mi mamá volvía y me remataba.

Hay mucho en ella todavía de la niña que hasta hace poco fue: su piel suave, fina, como una hoja silvestre que acaba de brotar; sus ojos oblicuos y brillantes, que parecen conservar su inocencia a pesar de los horrores de la guerra, su cabello lacio y lustroso. Habla con una vehemencia de tempestad y cuando lo hace expresa el orgullo de pertenecer a su etnia.

Mi papá nos dejó cuando yo era muy niña. Pero no se fue con otra mujer, sino con la guerrilla.

Volvía a la casa cada veinte días, cargado de herméticas historias. Eran los momentos más felices de mi infancia. Mi papá era complaciente conmigo, todo lo contrario de mi mamá. Ella se aburría de las ausencias de mi papá y terminó juntándose con uno de mis tíos. Una vez mi mamá se fue a comprar un licor a otra ciudad y me dejó encargada de mis hermanitos. Ya yo me había vuelto juiciosa, de tanto golpe que me habían dado. Entonces mi tío-padrastro se aprovechó y trató de violarme. Cuando le conté a mi mamá, ella no me creyó. Acudí entonces a donde el Cabildo-Gobernador y tampoco me creyó. Ordenó que me dieran unos baños para que dejara de ser tan mentirosa.

Marly cuenta su historia como si fuera algo que llevara atrancado en lo más hondo del alma y necesitara con urgencia hacerlo salir. Sus palabras, sencillas, sin maromas lingüísticas, surgen a borbotones, con una vehemencia trepidante, como si el tiempo no le alcanzara. Pero simultáneamente, mientras las palabras vuelan desde su boca con evidente rencor, hay en ellas también una extraña dulzura, algo femenino e infantil que no desapareció, a pesar de los vejámenes.

Desde que tenía seis años comencé a visitar los campamentos guerrilleros. Mi papá me llevaba allá durante las vacaciones. Fue allí donde empecé a desarrollar un cierto afecto por la vida militar. Cuando tenía tiempo, mi papá jugaba conmigo y mis hermanitos. Más de una vez debimos salir del campamento, porque alguien avisaba que el Ejército estaba cerca. Y en una ocasión, cuando yo aún ni siquiera cumplía los ocho años, el Ejército atacó y nos tocó huir como alma que lleva el diablo. Mis hermanos y yo éramos como ratoncitos corriendo entre el monte.

Marly pertenece a un pueblo laborioso, entregado con orden y dinamismo a la vida agrícola y también al comercio. Los yanaconas fueron la servidumbre de los incas del Perú, pero hoy, asentados en tierras colombianas, se han librado de su karma histórico, convirtiéndose en un pueblo independiente y deliberante, que defiende con mano firme su resguardo y su ancestro. Marly habla unas pocas palabras del quechua original, y acepta con orgullo que por sus venas corre la sangre bullente de sus antepasados.

Sólo tenía diez años cuando me fui. Esa tarde llovía y hacía mucho frío. Mamá no se encontraba en casa y yo estaba cuidando a mis hermanitos.

Esta vez el tío intentó agarrarme con más fuerza, al tiempo que me insultaba y me pegaba. Logré quitármelo de encima y huí en medio de la lluvia. Esperé a mi mamá en una trocha cercana. En esta ocasión tampoco me creyó. Ella era como el sordo que no quería oír. Entonces se lo dije en su cara: “Mamá, jamás me volverás a ver”. Al día siguiente me levanté a las cuatro de la madrugada. Quería matar a mi padrastro y si no lo hice fue por una sencilla razón: no tenía un arma a la mano, aunque ya había aprendido a disparar. Salí a buscar a los guerrilleros de las FARC para que me prestaran una, pero no los encontré. Decidí entonces acudir a los del ELN, o a los que primero encontrara.

Para contar la historia, Marly se sustrae de un presente que constituye sin duda el momento más apacible de su vida. Es entonces, Marly, la de hoy, la adolescente reposada y mucho más equilibrada, la que cuenta ese pasado lleno de tempestades y atrocidades.

A la hora en que salí de mi casa todavía estaba oscuro y había más frío de lo normal, consecuencia de la lluvia del día anterior. Corrí por entre la trocha anegada en busca de los “elenos”. Finalmente los encontré. Había seis de ellos, todos con sus brazaletes del “Ejército de Liberación Na-

Es entonces, Marly, la de hoy, la adolescente reposada y mucho más equilibrada, la que cuenta ese pasado lleno de tempestades y atrocidades.

cional". Les dije que quería ingresar al grupo. Me preguntaron por qué. Les contesté que porque quería vengarme de mi tío-padrastra. Ellos me dijeron que el grupo no era para cobrar venganzas personales y que más bien regresara a mi casa. Les respondí que de ninguna manera y tanto les supliqué que accedieron a llevarme para el campamento. Allí me presentaron como ingresada, me dieron un camuflado y me dijeron que me quedara unos días, a ver si yo servía para eso. A los cinco días, mientras nos estábamos bañando en una quebrada, atacó el Ejército. Así, con la ropa mojada, me tocó correr.

Es indudable que cuando Marly habla, también habla su pueblo, aislado en un valle gigantesco y distante de los enclaves de la colonización. En un principio los yanaconas usaban las máscaras en las ceremonias de yagé para comunicarse con los espíritus, pero llegaron los misioneros católicos y los obligaron a cancelar sus rituales de chamanismo. Entonces la máscara quedó como ornamento de carnaval, una manera de expresar burla, rechazo y rebeldía. El rostro diáfano de Marly no evidencia máscara alguna. Antes por el contrario, es una cara al viento que va contando su historia como una sucesión infi-

nita de causas y efectos, todos regidos por la realidad de un mundo distante.

No tardaron en aceptarme. Lo más duro de mis primeras semanas fue elaborar minas "quebrapatas" y luego sembrarlas por los mismos caminos que recorrían mis hermanos indígenas. Aprendí a armar y desarmar una AK-47 con los ojos vendados, pero dispararla en un principio me causó temor, por lo cual comenzaron a darme en el desayuno gaseosa revuelta con pólvora. La prueba de fuego llegó después de combate. Logramos capturar a cuatro paramilitares. Tres de ellos murieron cuando mis compañeros los torturaban, chuzándolos con agujas, arrancándoles las uñas y golpeándolos muy fuerte. Sólo quedó vivo un negro como de dos metros. Mi jefe dijo que yo tenía que matarlo o me moría yo. Lo pusieron a cavar su propia tumba y me insistieron en que lo terminara. Lo único que pude hacer fue cerrar los ojos. Luego me obligaron a beber de su sangre revuelta con pólvora. Esa noche la luna llena no me dejó dormir. Veía una y otra vez a aquel hombre que me suplicaba que lo dejara vivir, que tenía familia.

Marly cuenta de instantes particularmente duros en la selva. Pero ninguno como el día en que se enteró de la suerte que había corrido su



padre en las FARC. Había sido capturado, la condena no iba a ser corta. Era el destino que siempre había temido, tanto para ella como para él. La cárcel era una opción mucho menos grave que la muerte, pero ella sabía que cualquier posibilidad que existía de volver a encontrarse pronto con la persona que más amaba en el mundo, quedaba congelada por un largo tiempo.

Decidí aprender enfermería y me convertí en el médico de los combates. Yo siempre iba resguardada, pues era la que curaba a los heridos. Una vez me trajeron a un compañero al que una bomba le acababa de volar la pierna derecha. Le hice un torniquete a toda prisa y lo salvé de morir desangrado. Hubo momentos muy difíciles, pero el puesto de enfermera fue bueno porque dejé de estar tan expuesta durante los tiroteos. Estaba más lejos de la muerte que el resto.

Marly duró cuatro años y once meses en el grupo armado. Su captura llegó el mismo día en que se fue el amor. Había iniciado un romance con un compañero de armas, desobedeciendo órdenes superiores de que abandonara la relación y se buscara un hombre con el que no tuviera tanta diferencia de edad. Aunque la relación jamás pasó de algunos besos sueltos en

los momentos de asueto, a Marly la marcó para siempre. Eso se advierte en el tono triste que recubre su voz cuando evoca lo ocurrido, el día en que todo salió mal.

Ese día mis compañeros se fueron a combatir y yo escuché por el radio de comunicaciones que lo habían matado. Arranqué a correr y en medio de las balas me acerqué a donde él estaba. Le habían dado un tiro, ya estaba morado y frío. Quise quedarme para que me mataran junto a él, pero mis compañeros me obligaron a salir corriendo. Los disparos zumbaban. Fueron momentos muy duros. Después de tres años de noviazgo, ya éramos socios y pareja, aunque nunca consumamos nuestro amor. Eso empeoró el dolor que ya sentía por la captura de mi papá. Dije que me iba a volar y mis compañeros me amarraron a un árbol. De inmediato sobrevino otro combate. Fue allí donde me hirieron.

Aunque han pasado dos años, el dedo índice derecho de Marly es todavía una viva evidencia de lo ocurrido en ese día. El balazo destrozó la falange y la curación, en el puesto de salud de un pequeño pueblo, no fue la mejor. Aún tiene puntos de sutura y en breve será sometida a una cirugía reconstructiva que deberá mejorarla considerablemente. No obstante, el dedo le quedará torcido para siempre.

“Quise quedarme para que me mataran junto a él, pero mis compañeros me obligaron a salir corriendo. Los disparos zumbaban. Fueron momentos muy duros.”

Semanas después, y sin que hubiera disminuido la gran tristeza que me embargaba, fui designada junto con unos compañeros para ir a cobrar una vacuna. No habíamos cumplido la misión cuando nos agarró el Ejército. Esa noche lo gré volarme, pero a las pocas horas me volvieron a capturar. Al principio me pusieron a disposición de un Hogar Transitorio del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, pero me sentía en una cárcel.

Esto cuenta un profesional que atendió a Marly durante los primeros días de su desvinculación: “La llegada de Marly al programa se caracterizó por conflictos con sus pares femeninos y en ocasiones búsqueda de aislamiento y victimización. En muchas ocasiones planteó irse del Programa, sin comprometerse jamás con sus estudios y capacitaciones. Es a partir de su ingreso al curso de Auxiliar de Enfermería que se produce su compromiso con una evolución personal”.

Fui trasladada al Centro de Capacitación, donde ahora me encuentro. Tan pronto llegué, me di cuenta de que ésta era mi casa. Desde la cita con la psicóloga, sentí que ella me hablaba de una manera en que nadie lo había hecho, y luego ver que tendría una habitación cómoda y tres comidas, y que además estudiaría.



Aunque no ha terminado el colegio, Marly logró matricularse en un instituto técnico de enfermería que no le exige cartón de bachiller. Allí es hoy día una brillante estudiante que se destaca tanto en las áreas prácticas como teóricas. Su experiencia en la guerra le ha dado una ventaja sobre sus compañeros, al punto de que los instructores suelen emplearla como auxiliar. Sabe inyectar y es una experta en manejar la ansiedad de los pacientes. Ya va por segundo semestre. Una vez complete los cuatro semestres proyecta pasar a la universidad, donde quiere estudiar Enfermería Superior.

En mayo pasado recibí una de las mayores alegrías de mi vida. Mi madre le dio mi número de teléfono a mi padre y éste me llamó. Me contó que acababa de salir de la cárcel y que había emprendido una nueva vida. Acordamos encontrarnos y así fue. Tuvimos un emocionante encuentro familiar, durante el cual pude abrazarlo, contemplarlo, preguntarle muchas cosas que necesitaba saber de mi propia vida. Ahora estamos en permanente contacto. Espero que dentro de poco tiempo, tan pronto culmine mis estudios, pueda emprender un proyecto productivo y montar una farmacia para trabajar con él y mis hermanitos. Ese es mi sueño. ¡Ahora estoy tan cerca de cumplirlo!

Marly logró matricularse en un instituto técnico de enfermería que no le exige cartón de bachiller. Allí es hoy día una brillante estudiante que se destaca tanto en las áreas prácticas como teóricas.



cuatro
Papo



Sin nombre en una guerra de adultos

Papo ingresó a la guerrilla cuando apenas tenía ocho años. Debió pasar mucho tiempo para que finalmente se convenciera de que no había nacido para esa vida.

El día en que se desvinculó oficialmente, el joven de catorce años no supo qué decir cuando le preguntaron su nombre. No era un dilema igual al de la mayoría de los adolescentes que se desvinculan, los cuales llegan llenos de prevenciones y optan por decir el nombre falso que le han impuesto en el grupo armado. En el caso particular de este joven, de ojos vivaces y confundidos y que nunca había sido registrado oficialmente, la razón era distinta: no sabía cuál era su verdadero nombre.

Optó por decir Papo, el remoquete que había asumido en la guerrilla. En cuanto a los apellidos, mencionó el vago recuerdo que tenía de los de su padre y su madre, aunque terminó citándolos a la inversa de lo que dispone la ley colom-

biana, primero el de la madre, luego el del padre. Así, después de haber pasado más de la mitad de su corta vida como un ser anónimo que “quemaba” balas en el monte, actor raso en un conflicto de adultos, el joven terminó con un sobrenombre como nombre oficial y con los apellidos al revés.

Pero es su nombre y con éste ha emprendido una ruta diferente a la de los años de fuego. Ha aprendido cocina y panadería, ha cursado sus estudios secundarios completos, y ha encontrado que más allá de las balas, más allá de la barbarie del monte, hay un mundo de seres humanos que lo han recibido como parte de una gran familia, así no haya vuelto a saber nada de su madre, mucho menos de su padre.

Uno de esos seres humanos es Ledis, la coordinadora del Centro de Atención Especializada (CAE), donde Papo ha pasado los últimos cuatro años de su vida. Ella lo recibió al principio, brindándole de inmediato una mirada fraternal que él jamás había recibido. Papo le correspondió y a partir de ese instante se convirtió en una especie de hijo; un hijo que cuando incurría en aciertos era felicitado afectuosamente, y cuando cometía errores, recibía reprimendas, tan airadas y a la vez tan condescendientes como las que puede prodigar una madre verdadera.

La madre biológica es una recurrente figura en su memoria. Era trigueña, de cabellos lacios y dura en el hablar. Desde que Papo tuvo uso de razón, la vio aparecerse cada cierto tiempo a la pequeña casa campesina que compartía con sus siete hermanos. Llegaba de súbito a cualquier hora –podía ser muy tarde en la noche o en la madrugada– y luego desaparecía. Era cariñosa a su manera, aunque muy poco se parecía a las madres de aquella zona rural, todas entregadas al hogar. En su mente infantil, Papo jamás aventuró conjetura alguna sobre las andanzas de su madre. Hasta que un día, cuando ni siquiera había cumplido los ocho años de edad, ella dejó de

llegar a la casa. Pronto Papo y sus hermanitos se enteraron de lo que había ocurrido: su madre, junto con tres hombres, habían robado una camioneta, tras encañonar al dueño y lanzarlo al río. Unos kilómetros más adelante, la policía la había capturado. Fue así como supieron que eran hijos de una comandante guerrillera, perteneciente al movimiento ELN.

Poco después de haber cumplido los ocho años, Papo decidió que seguiría el ejemplo materno, aunque no en el mismo grupo insurgente, al que percibía como andrajoso e indisciplinado. Así, a la edad en que otros niños de Colombia acuden a clases, juegan y reciben el amor de sus padres, Papo se integró a las FARC. El comandante de la zona lo recibió sin objeción. Aunque le entregaron un revólver pequeño, y no un fusil como al resto de los guerrilleros, sí le asignaron algunas tareas menores, como la de traer del pueblo materia prima para armar explosivos. El campamento se convirtió en su hogar y sus visitas a casa se volvieron esporádicas, aunque Papo recibía noticias de sus hermanos: tres de ellos también se habían unido a la guerrilla.

Cuatro años después, cuando Papo a los doce años se creía ya un adulto y estrenaba un

Poco después de haber cumplido los ocho años, Papo decidió que seguiría el ejemplo materno, aunque no en el mismo grupo insurgente, al que percibía como andrajoso e indisciplinado.

fusil AK-47 que era casi de su misma estatura, el frente aprehendió a un combatiente de las autodefensas, movimiento que comenzaba a surgir en la zona con el objetivo de erradicar a la guerrilla del territorio. Papo lo recuerda como si lo estuviera viendo en una película: un joven que apenas sobrepasaba los veinte años, delgado y de piel trigueña, que despedía una mirada nerviosa desde el cadalso al cual estaba amarrado de pies y manos, un enorme árbol campano. Papo se acercó al comandante de la compañía y “lo pidió”, una expresión que en jerga guerrillera significa que solicitó matarlo con sus propias manos. El comandante estalló en risotadas, como si aquel niño imberbe acabara de contarle el mejor de los chistes o hubiera anunciado que estaba a punto de cometer una gran travesura. El niño insistió, asegurando que era en serio. Finalmente el comandante le asignó la ejecución a un combatiente mayor de edad, pero permitió que el niño tuviera una participación menor. Así, una vez el secuestrado recibió un tiro mortal en la cara y cayó a la fosa que ya había sido cavada, el niño recibió la orden de que le abriera con un machete el abdomen, con el fin de evitar que el cadáver se inflara bajo la tierra y quedara en

evidencia la tumba. Papo cumplió al pie de la letra, pero desde aquel momento, incluso hasta los años de su desvinculación jamás olvidaría aquella monstruosidad que le manchó de un bilioso color hasta el alma.

A esa edad Papo a duras penas sabía leer y escribir. Había ingresado a la guerrilla por la sencilla razón de que jamás en su vida supo que existiera una alternativa diferente. Había asistido a una escuela rural, pero era una muy distante y solamente cursó hasta segundo grado. En el territorio donde había nacido y crecido, en las laderas de la gran cordillera, la guerrilla mandaba. Papo y sus hermanitos jamás conocieron autoridad distinta. Ahora era parte de ella y había disfrutado incluso los instantes de mayor tensión, como en los retenes de “pesca milagrosa”, cuando el frente bajaba de la montaña y detenía a los vehículos en la carretera, con el fin de agarrar secuestrables y saquear camiones con víveres. Pero el episodio del machetazo, contra aquel hombre indefenso que yacía en una tumba del monte, lo había sacudido, le había intranquilizado sus noches y por primera vez, cuando apenas iniciaba la adolescencia, le había hecho cuestionarse su propia frase de bautizo subversivo: “de aquí sólo se sale muerto”.

A esa edad Papo a duras penas sabía leer y escribir. Había ingresado a la guerrilla por la sencilla razón de que jamás en su vida supo que existiera una alternativa diferente.

Al cabo de unos días, llegó al campamento en comisión un joven guerrillero proveniente de otro frente. Traía noticias para Papo: dos de sus hermanos habían sido fusilados, bajo la acusación, no del todo comprobada, de que eran infiltrados del ejército. Para Papo, que conocía perfectamente del arraigo familiar con la guerrilla, era imposi-

ble que sus hermanos hubieran incurrido en acto de traición alguno. Lleno de ira, gritando como si hubiera perdido el juicio, tomó el fusil y anunció que aniquilaría a medio campamento. Pero el emisario, el portador de las malas noticias, logró detenerlo y cuando el comandante mandó a preguntar por el escándalo, se le respondió que Papo estaba alterado por la muerte de sus hermanos.

Las cosas dejaron de ser iguales. La autodefensa crecía en el territorio y la guerrilla comenzaba a quedar arrinconada en la serranía. En pleno invierno Papo y sus compañeros viajaron durante dos semanas hacia la frontera, donde uniformados de Venezuela les entregaron cinco mil balas para AK-47, las cuales montaron en mulas y condujeron de regreso al campamento, siempre bajo una lluvia que parecía eterna. En Colombia el Ejército comenzaba a mostrarse más en el territorio. Papo y sus compañeros lo supieron con certeza el día en que bajaron a una de las “pescas milagrosas” y los uniformados los recibieron a plomo desde un helicóptero artillado, para luego perseguirlos Sierra arriba. Papo recuerda el miedo que lo carcomía mientras corría despavorido, y un compañero pretendía calmarlo gritándole una y otra vez:

—¡Quémele bala a esos soldados para que se le pase el susto!

Y Papo quemó. Y corrió. Y mientras subía entre los árboles pudo ver, metros más adelante, el horror de la guerra a plenitud: una compañera del grupo había sido abatida de un tiro en la cabeza.

Unas semanas después, aún invadido de rencor hacia la guerrilla por el ajusticiamiento de sus dos hermanos y convencido de que no quería morir en el monte, Papo decidió emprender la huida del campamento en el cual había pasado media infancia. Para no emprender en solitario aquella peligrosa aventura, convidó a un amigo cercano, Misael. Decidieron volarse sin sus fusiles, lo que los haría sujetos de una pena menor en caso de que fueran atrapados. Hoy día Papo no está tan seguro de eso: durante sus seis años en la guerrilla le tocó ver múltiples ejecuciones por fuga, *con o sin* arma.

La fuga comenzó mal. El plan consistía en escalar una alta montaña, lo cual calculaban que les tomaría tres días. Al llegar al filo, emprenderían el descenso por el otro lado, un objetivo no menos complicado, como quiera que el terreno era escarpado y peligroso. Pero una semana después de haberse evadido, los dos guerrilleros aún

estaban desubicados, escondidos a pocos metros del campamento, e incluso podían ver a sus compañeros buscándolos en sus alrededores. En medio de la desesperación que crecía, Misael le pidió a Papo que regresaran y se entregaran, cosa que éste no aceptó. Finalmente lograron emprender el ascenso, corriendo sin detenerse, alimentándose apenas de unas pocas provisiones que se habían llevado del campamento, hasta que ganaron el filo. Desde allí, en la inmensidad de la montaña, podían divisar a lo lejos el pueblo al cual pensaban llegar. Se dieron cuenta asimismo de que el descenso era un reto mayúsculo, más aún cuando tenían que atravesar un río caudaloso y ninguno de los dos sabía nadar. Optaron entonces por darle la vuelta al agua, descolgándose a través de los bejucos que brotaban entre las piedras. Fue precisamente en uno de esos lances que a Misael se le reventó el bejuco y cayó veinte metros sobre una de las enormes piedras blancas. Papo bajó a auxiliarlo. De inmediato se hizo evidente que tenía reventada la parte baja de la columna y que no podría volver a caminar. Semi-inconsciente como estaba, Misael le dijo a Papo que siguiera solo su camino y que lo dejara allí, que no había forma de que él pudiera seguir,

y que lo hiciera cuanto antes pues la guerrilla venía siguiéndolos. En su corta vida, fue la decisión más difícil jamás tomada por Papo. Allí, en medio de aquella piedra, como un sacrificio humano al arrojo y a la voluntad, quedó tendido el compañero de fuga.

Papo entendió que si quería terminar de bajar la montaña, debía atravesar el río. Lo primero que hizo fue arrojar al agua las botas y luego se lanzó.

—Yo no nadé, explica hoy Papo. Me fui derecho al fondo y caminé bajo el agua.

Así alcanzó la otra orilla y, ya descalzo, siguió su camino. A lo largo de su carrera desbocada, rumbo hacia aquel pueblo que habían divisado desde lo alto, halló chozas con familias indígenas, cuyos integrantes le dieron algo de comida, aunque no fue posible hallar un par de zapatos. Así, quince días después de haberse escapado, con los pies sangrantes y adoloridos, Papo finalmente llegó al pueblo. Allí, en una pequeña base militar, se entregó ante el Ejército Nacional.

Han pasado cuatro años desde que Papo dejó la vida que una vez escogió. Ya no es aquel adolescente que se arrojó montaña arriba a una fuga hacia la incertidumbre y que luego se apareció

El plan consistía en escalar una alta montaña, lo cual calculaban que les tomaría tres días. Al llegar al filo, emprenderían el descenso por el otro lado, un objetivo no menos complicado, como quiera que el terreno era escarpado y peligroso.

ante los soldados con una expresión despavorida, como si la manigua hubiera engendrado una extraña criatura infantil con ojos desorbitados, pies hinchados y un ímpetu arrollador de libertad. Aunque todavía no cumple los dieciocho años, ha adquirido en su rostro un hálito de juicio que bien puede interpretarse como una evidencia de madurez, esa madurez prematura que únicamente es posible en una vida de tribulaciones y adversidades. No obstante, y a pesar de que ha dedicado largas horas a validar su bachillerato y ya está a punto de graduarse, en sus ojos aún subsiste el afán por encontrar a su madre. En ocasiones esa búsqueda le ha arrojado resultados ingratos. Cierta vez llegó al Centro de Atención Especializada un guerrillero recién desvinculado y éste le dijo que su madre y su hermano habían muerto. Eso lo destrozó, hasta que supo que no era así y que ambos continuaban en el monte, viviendo la vida que él había rehusado.

A pocas semanas de terminar el bachillerato, jamás ha ocultado su pasado en las armas y eso no ha sido obstáculo para tener buenos amigos y llevar la vida de un adolescente común y corriente. Sólo en el amor su pasado se le ha atravesado: se enamoró de una jovencita y la madre de ésta

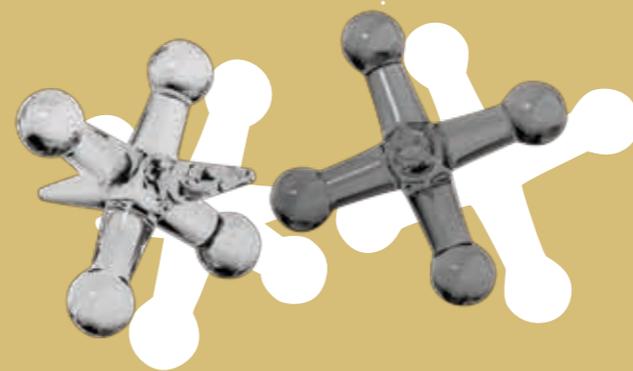
llegó a golpearla y a encerrarla con tal de que no se viera con ese “ex-guerrillero”. Pero en términos generales considera que la sociedad lo ha recibido, algo que siente especialmente en el vecindario residencial donde queda el CAE, cuyos residentes son atentos y jamás han cuestionado que los jóvenes desvinculados cumplan allí la última fase de su proceso de restitución de derechos.

Su buen comportamiento y su voluntad permanente de superación le valieron ser escogido para pasar un mes en Canadá, como parte del plan Ágape, un programa promovido por familias colombianas residenciadas en Canadá y que tiene como objetivo brindarles a los desvinculados la oportunidad de conocer otro país, ofrecerles múltiples alternativas de interacción social y vivir durante un tiempo con una familia que los acoge y los respalda. Si todo sale de acuerdo con lo planeado, allí estará con una familia que lo acogerá durante un mes como un hijo más. Antes de irse le pidió a Ledis que lo acompañara a comprar algo de ropa para el viaje, para lo cual había recibido un auxilio del programa. Cuando ya le quedaba muy poco dinero, quiso comprarse una camisa que le encantaba. Pero pronto concluyó que no podía llegar a Canadá, a donde la

familia que lo había acogido, sin un regalo. Decidió entonces gastarse ese último dinero en una artesanía. Eso le valió una felicitación de Ledis, quien le acaricia la cabeza y lo contempla como una madre orgullosa. Papo, a su vez, sonríe con algo de turbación. Pero muy en el fondo de esa sonrisa, de esos ojos que rehúyen el contacto, está la marca nítida del orgullo.

Su buen comportamiento
y su voluntad permanente
de superación le valieron
ser escogido para pasar
un mes en Canadá





cinco
Yomaira

Un bebé para darle otra vida

Yomaira pasó año y medio en la guerrilla. Hoy trabaja para ayudar a otros desvinculados a forjar una nueva vida.

Yomaira se levanta todos los días a las cuatro y cuarenta y cinco de la madrugada, se prepara su desayuno y el de su pequeño hijo de cinco años, a quien ella llama “mi pollo”. A las seis en punto Yomaira debe abordar el primero de cinco autobuses que tomará a lo largo del día. El niño se queda bajo el cuidado de una hermana de ella. Despedirse de su “pollo” le toma varios minutos, entre besos y abrazos, y la promesa de que esa noche estará de vuelta y que ya pronto llegará el domingo para pasar juntos todo un día.

Antes de las ocho de la mañana estará en el trabajo. Ocho años después de haber sido combatiente durante dieciocho meses, Yomaira es hoy asistente administrativa en el Centro de Referencia y Oportunidades Juveniles (CROJ). A

Yomaira le toca atender a muchachos que ahora son lo que ella era en 2001, cuando decidió dejar atrás la vida en el monte: les tramita su ingreso a los diferentes cursos, los asiste en las múltiples diligencias legales que deben adelantar, los ayuda a ubicarse y les aconseja cuando ellos se lo solicitan. En ocasiones debe emplearse a fondo. Hace poco los familiares de un joven desvinculado acudieron a decirle que éste había caído en una batida para prestar servicio militar. Yomaira acudió al cuartel, presentándose como trabajadora social, y habló con el oficial a cargo. A los pocos minutos, el joven estaba afuera.

Muchos de sus beneficiados le cuentan las historias del monte. Para ella, que a los quince años ingresó a la guerrilla, son historias fami-



liares, circunstancias que comenzó a vivir desde el mismo instante en que un reclutador la convenció de que el ELN “peleaba por el pueblo”. Así, sin avisarles a sus ancianos abuelos, con quienes llevaba cinco años viviendo, Yomaira se fue al callejón en que la habían citado, abordó una motocicleta y se marchó sin avisarle a nadie.

Hoy día, en una amplia casa que algún día fue vivienda y que hoy alberga las oficinas del CROJ, Yomaira es el primer rostro que recibe al visitante; un rostro tranquilo y cordial, que evidencia madurez. Nadie se imagina la historia que carga a costas, su vínculo estrecho con la violencia, su infancia llena de explosiones y disparos: cuando apenas tenía cinco años, llegaron a su casa los integrantes de una compañía guerrillera y le pidieron posada a su padre. Éste les dijo que la casa era muy pequeña, pero les informó que a unos pocos kilómetros había quedado vacía la casa de doña Clementina. Al día siguiente, cuando se dirigía a comprar la leche, Yomaira pasó por allí y encontró la casa llena de autoridades y curiosos. Los paramilitares habían atacado en la madrugada, masacrando a los guerrilleros. Por curiosidad la niña se asomó. Había partes humanas por toda la casa, sesos, brazos, sangre...

Ella hizo parte del escuadrón que ejecutó la misión: abordar a un ganadero de la región, encañonarlo y llevárselo monte adentro.

Hoy poco se evidencian en el rostro de Yomaira los hechos que vivió en su infancia y su adolescencia. No hay nada en ella que al visitante lo lleve a pensar que fue una combatiente. Aunque viste de una manera sencilla, lo hace con esmero, proyectando la imagen de una mujer emprendedora, que no contempla nada distinto a su propia superación. Su jornada termina a las cinco de la tarde, hora en que vuelve a tomar dos buses. A las seis y treinta debe estar en la universidad, donde estudia Trabajo Social.

A Yomaira le brillan los ojos cuando habla de la profesión que con convicción y determinación eligió para su vida: le apasiona trabajar en la procura de procesos en los cuales se contempla el bienestar de los miembros de una sociedad, las relaciones interpersonales, la transformación positiva de los proyectos colectivos, la aplicación del conocimiento en el mejoramiento de la vida cotidiana. Podría afirmarse que ese currículo universitario es todo lo contrario de lo que ella vivió en el monte, los combates, los fusilamientos, el odio general que se inculca y se esparce entre el follaje como fina arena al viento.

Un suceso en especial le quedó grabado en la mente para siempre. Fue un secuestro. Ella hizo parte del escuadrón que ejecutó la misión: abordar a un ganadero de la región, encañonarlo y llevárselo monte adentro. Unos meses después, Yomaira le llevó la comida al cautivo y éste le dijo con una voz agotada: “Mijita, yo tengo una hija de su edad. Usted es una niña. ¿Qué hace aquí? Váyase”.

No obstante, y aunque esa conversación le tocó las fibras de la voluntad, Yomaira jamás tuvo la intención de volarse. Más bien, la desvinculación llegó a ella, un día en el que se hallaba incapacitada, luego de haberse doblado el tobi-

llo. Uno de sus compañeros gritó “¡los chulos!” y el campamento se convirtió en un infierno. Yomaira corrió como pudo y lo hizo durante varios días, sintiendo que los soldados del Ejército Nacional le pisaban los talones. Luego de una semana llegó a una casa cerca a un pueblo y le pidió comida al dueño, el cual le dijo que la alimentaría si quemaba el uniforme. Y así fue. Así terminó Yomaira entregándose ante los mismos que durante la última semana la habían perseguido. El sacerdote del pueblo fue el mediador. Su madre estaba orgullosa. Yomaira fue conducida a la capital del departamento y allí el Ejército la puso a disposición del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.

Al Centro de Atención Especializada (CAE) de Bucaramanga llegó una jovencita asustada, que tenía tres tatuajes en diferentes partes del cuerpo, todos elaborados rudimentariamente en el monte por otros compañeros de la guerrilla. En un principio fue difícil abatir la coraza de desconfianza que había traído del monte, pero la Defensora de Familia se encargó de hacerla sentir cómoda, insistiéndole una y otra vez en que debía decir siempre la verdad y que a partir de ese instante de su vida debía convertirse en una

joven responsable de sus propios actos y su propio destino. Tomó cursos de convivencia y derechos humanos, y retomó los estudios que había abandonado por vincularse a la guerrilla. Ese CAE, donde estuvo tres meses, fue la primera de once estaciones por las que Yomaira pasaría en el programa.

Luego pasó a otro hogar. Allí sólo estuvo un mes, pero recuerda algo que le fue enseñado en ese lugar transitorio: a pesar del traspie que había sufrido en la vida, de la violencia a que se había expuesto, podía hacer lo que quisiera, siempre y cuando se lo propusiera con determinación.

De allí fue trasladada a otro CAE, donde continuó su proceso de reintegración. Fue su primer contacto con las danzas folclóricas, que la acompañarían a lo largo de su proceso de formación como un pasatiempo que le apasionaba.

El siguiente hogar fue para Yomaira una iluminación. Aquí se graduó de colegio, lo que le fue festejado con un agasajo especial. En este hogar estuvo un año y medio. Aprendió a maquillarse e hizo sus primeras salidas sola. Tomó cursos de Administración de Empresas, de pintura y de manualidades. Allí mismo conoció a John, quien pronto se convertiría en el padre de su hijo.



Fue el encuentro de dos almas errantes cuyas vidas habían sido marcadas por el monstruo de la guerra; dos seres a quienes el despotismo de los fusiles les había arrebatado la ternura de la infancia y que ahora, por diferentes circunstancias, intentaban realinear sus rumbos. En el caso de John, había sido reclutado a los ocho años y ya en la pubertad había caído gravemente herido en un combate. El Ejército lo había encontrado inconsciente, salvándole la vida y entregándolo al Bienestar Familiar. A Yomaira el joven le inspiraba un sentimiento de solidaridad, entremezclado con algo de compasión, ante la realidad de que había ingresado al conflicto a una edad en que ella todavía estudiaba en el colegio.

Ambos pasaron juntos a otro hogar, en el cual les gestionaron trabajo. Una reconocida diseñadora de joyas aceptó emplear a varios desvinculados, a quienes primero se dedicó a formar. Yomaira recuerda las salidas en bus todos los días a aquel trabajo, donde poco a poco aprendió a mear la plata, llegando a elaborar magníficos anillos y otras piezas de joyería. Al final de su estadía allí, supo que estaba embarazada.

De este hogar ella y su compañero pasaron a una Casa Juvenil, donde les fue asignado otro tra-

bajo. Esta vez era en Adpostal, en el área de Atención y Reclamos. Allí, simultáneamente Yomaira estudió Correo y Mensajería Especializada. Ya con ocho meses de embarazo debió retirarse del trabajo. El niño nació sin complicaciones. Yomaira define hoy ese momento como el más feliz de su vida y la de su compañero.

Yomaira pasó a vivir entonces en un Hogar Tutor, donde recibieron también al recién nacido. Era una familia amplia y generosa, que con frecuencia le compraba pañales al niño y que permitía visitas esporádicas de John, quien continuaba trabajando. Allí Yomaira estuvo cuatro meses, hasta que la pareja finalmente consiguió un pequeño apartamento y pudo armar un hogar.

Yomaira lo recuerda como una recompensa de la vida después de todo lo que habían atravesado. Pronto John consiguió un mejor trabajo, como vigilante en una empresa automotriz. Ahora tenían mejores posibilidades para criar al bebé. Pero al infortunio todavía le faltaba una mala jugada.

Una mañana, mientras llegaba en su motocicleta a su trabajo, John fue arrollado por un camión. Murió instantáneamente. Para Yomaira fue como si el mundo se hubiera acabado. Pero encontró apoyo y llegó a la conclusión de que, a pesar de

su profunda congoja, tenía que continuar luchando por su hijo.

Hoy Yomaira termina clases a las diez de la noche, hora en que toma el último de los cinco buses del día. A pesar de lo tarde, aún le faltarán veinticinco minutos para llegar a su casa. Ya a esa hora, su “pollo” está dormido. Ella lo besa en la oscuridad, le dedica un tiempo a los trabajos pendientes de la universidad, y hacia la medianoche, sin tiempo siquiera para echarle una ojeada a la telenovela, se acuesta a dormir hasta el día siguiente, cuando el ciclo de su vida continuará a partir de las cuatro y cuarenta y cinco de la madrugada.

Los fines de semana son diferentes. El sábado es no menos duro –Yomaira debe ir a la universidad en la mañana y dedicarle la tarde al aseo de su apartamento– pero al menos está con el niño y ya desde el anochecer el tiempo es todo para él.

El domingo es el mejor día de la semana. Madre e hijo se levantan tarde, preparan desayuno juntos y pasan todo el día jugando. Hay recuerdos tristes, pasados y recientes. Pero Yomaira ya lo aprendió muy bien: ahora sus batallas son otras y la vida está llena de razones para que la lucha siga siendo una victoria.

Pero al infortunio
todavía
le faltaba una
mala jugada.
Una mañana,
mientras llegaba en su
motocicleta a su trabajo,
John fue arrollado
por un camión.





seis
Omar

De la tierra prometida al horror de la guerra

Omar se cansó un día de los malos tratos de su madre. Pero luego, en el monte, llegaría a la conclusión de que con ella estaba mejor.

Tenía sólo doce años cuando con su familia llegó a la tierra prometida. “La tierra prometida”, así la llama hoy día con un dejo de sarcasmo, cuando muchos libros han desfilado ante sus ojos. No era un paraíso, ni mucho menos. Era una pequeña finca en los llanos, con algunas vacas cerreras estériles e indomables y el centro de todo, lo que le daba estatus de tierra prometida: “una coquita”.

¿Cuántas hectáreas de coca es “una coquita”? No muchas, quizá. Pero de lo que produjeran, luego de que Omar y sus hermanos la cultivasen y la raspasen, y las FARC se las comprasen, que-

daría suficiente para sostener a toda la familia, y para que aquel largo viaje a través de los andurriales de Colombia hubiera valido la pena.

Todos habían viajado con entusiasmo. Para aquel entonces, la madre de Omar les había dado a sus hijos su tercer padrastro. Éste en particular era un hombre recio, de pocas palabras y órdenes precisas, pero jamás como el anterior, el tristemente recordado segundo padrastro.

Omar lo evoca con particular tormento. Siendo un niño, tenía que llevarle el almuerzo a su lugar de trabajo, la cárcel del pueblo. Mientras



comía, le sugería perversiones. Omar se lo dijo a su madre, en varias ocasiones. Pero ella jamás le creyó. Reaccionaba más bien con el mismo rencor congénito que siempre había evidenciado hacia su único hijo varón, al punto de que en una ocasión le había pegado de canto con un machete, abriéndole una herida en el pie.

Ese fue el escenario de su infancia: una madre que le pegaba “con cualquier cosa”; un padre que a duras penas identifica y al que se refiere como “un man ahí que nunca me reconoció”; un barrio caliente, asediado por todas las fuerzas irregulares del conflicto y por el Ejército, que en ocasiones ingresaba en tanques de guerra; una barra de amigos con los que jugaba fútbol, en partidos que casi siempre terminaban en pelea, con encarnizadas agresiones físicas; un sueño, el de estudiar, que en su niñez jamás se le dio.

Su madre se lo decía, una y otra vez como para que no quedasen dudas:

—Usted no puede estudiar. Usted tiene que trabajar para que gane billete.

Y el niño trabajaba entonces todo el día, como un adulto, “boleando” machete en el monte, efectuando oficios varios en la parcela familiar, con frecuencia bajo fuertes aguaceros que

eran comunes en aquel territorio de la Colombia marginal. De esos tiempos le quedan varias cicatrices, producto de cortes accidentales. Un día, mientras trabajaba con el machete, tuvo la idea clara, firme. Bastaba llevar el filo de un tajo a su muñeca izquierda y así acabaría con su infortunio. Se le vino a la cabeza entonces que morir desangrado sería una muerte demasiado sucia y escandalosa y entonces contempló pegarse un tiro con la vieja escopeta de su padrastro. Pero recapacitó con una reflexión muy particular: “¿Y si sobrevivo, cómo quedo?”. Por esos días de desesperación algo cambió en su casa. Su madre finalmente le creyó lo de los acosos del padrastro y decidió dejar a éste para siempre.

Entonces llegó a su vida el tercer marido de su madre, con su cuento de “la tierra prometida”, sus proyectos febriles que parecían alucinaciones. Aseguraba que unos compadres en tierras planas le habían asegurado que allí había una finca para que él la explotase y no sólo los convenció a todos, sino que logró que emprendieran la travesía llenos de expectativas y buenos augurios.

El viaje duró casi dos días, la mayor parte por un territorio infinito, planicies uniformes a través de cuya inmensidad parecían no avanzar.

Un día, mientras
trabajaba con el
machete, tuvo la idea
clara, firme. Bastaba
llevar el filo de un tajo
a su muñeca izquierda
y así acabaría con
su infortunio.

Finalmente llegaron a un pueblo. Resultaba imposible no ver la pancarta gigantesca que descollaba en la plaza. Era un homenaje al fallecido fundador de las FARC Jacobo Arenas.

Pronto Omar se dio cuenta de que las FARC allí eran mucho más que una pancarta. Los guerrilleros se movían a sus anchas por el pueblo, haciendo lo que querían. De la nada apareció ese mismo día alias “Rafaelito”, comandante de la zona, y quien venía rodeado de guerrilleros. “Llegó como el mesías”, cuenta hoy Omar con su habitual sarcasmo. Reunió a todo el pueblo en un restaurante y pronunció un discurso en el cual se jactaba de los paramilitares que había asesinado con sus propias manos y aseguraba que era el “Rambo” de ese territorio, un “Rambo” que peleaba por los derechos del pueblo. (Hoy Omar se ríe de aquel discurso, tras enterarse de que unos meses después, en pleno combate, “Rafaelito” sufriría un infarto que lo dejaría debilitado para siempre: “Rambo infartado, imagínese eso”).

Entre tanto, la situación era dura para la familia. Dormían hacinados en una casucha cubierta con pedazos de plástico. El padrastro preguntaba por la tierra prometida. Le decían



que su ocupante se negaba a entregarla y que mientras tanto le darían otra parcela de inferiores condiciones. Al cabo de unas semanas, el padrastro insistió enérgicamente y los guerrilleros lo acompañaron a hablar con el ocupante. Éste dijo que no pensaba irse tan pronto. Los guerrilleros le ordenaron que se marchara antes de que anocheciera.

Así, en aquella tierra de ganado cimarrón y coca saludable, rondada por jaguares y corales, a Omar le tocó escuchar más que nunca el designio materno de que debía trabajar. Así lo hacía, y en condiciones extremas, intentando domar a aquel ganado bravo, maltratándose las manos con el raspado de la planta de coca, labor en la cual llegó a sacar la notoria cantidad de dos arrobas por jornada.

Hasta que un día, hastiado de la hostilidad en el ambiente familiar, decidió que debía poner en práctica una frase que alguien le había enseñado en un laboratorio de coca y la cual venía revoloteándole en la mente: “Cuando uno coge alas es que aprende de la vida”. “Coger alas” significó unirse al frente de “Rafaelito”. Tenía cuatro mil pesos en el bolsillo y salió de su casa con lo que tenía puesto: unas botas de caucho y una

sudadera. Lo último que escuchó, mientras traspasaba la puerta, fue el grito de su madre:

—¿¿Pa’onde vas hijueputa???

Transcurría la navidad de 2001 y la guerrilla lo recibió en medio de una juerga colosal. El pueblo era como una gigantesca cantina, donde los guerrilleros bebían whisky Buchanan’s, comían carne con las manos y bailaban con las prostitutas itinerantes que recorrían esos pueblos atraídas por el dinero de la coca. La reyerta brotaba fácil en distintos puntos del festín. Omar recuerda que en plena Nochebuena, mientras medio mundo celebraba al Niño Dios, un guerrillero borracho mató a balazos a un habitante del pueblo.

Culminada la fiesta, ya después del año nuevo, “Rafaelito” consideró que era hora de volver a los campamentos del monte y Omar emprendió el camino hacia su nueva vida. Esa noche, la primera en el campamento, mientras intentaba dormir, una guerrillera, veterana, se le metió en el *cambucho* y acabó con su inocencia.

Han pasado casi nueve años desde que Omar se desvinculó oficialmente de la guerrilla. Hoy, aquellos ocho largos meses como combatiente son una película remota de su segunda in-

fancia, una secuencia de su vida llena de instantes que han estado sepultados en su memoria: las guerrilleras enfermas de gonorrea a las que amenazaban de muerte si no lograban curarse antes de un par de semanas; los robos que se daban entre compañeros; el día en que sus comandantes le decomisaron su pequeño radio de pilas, con lo cual lo despojaron de su gran pasión, escuchar noticias; el trabajo en las fincas selváticas, jornadas tan duras que Omar llegó a la conclusión de que con su madre habría estado mejor. Por allí, por esa memoria borrosa, desfilan también buenos amigos como “Memín”, un mulato corpulento y combativo que divertía a sus compañeros con las historias de su abuelita y que con Omar logró una amistad entrañable. Cierta día, la compañía fue atacada por un comando paramilitar y –ante los ojos de Omar– “Memín” recibió un balazo que lo dejó instantáneamente sin vida. Omar no quiso abandonarlo allí. Lo cargó durante varias horas, empapándose con la sangre que manaba del cadáver. Esa noche, mientras con sus compañeros intentaba esconderse del enemigo que aún los buscaba, ante el cadáver de su amigo que comenzaba a tornarse morado, Omar recuerda haber llorado como un niño.

Así lo hacía, y en condiciones extremas, intentando domar a aquel ganado bravo, maltratándose las manos con el raspado de la planta de coca, labor en la cual llegó a sacar la notoria cantidad de dos arrobas por jornada.

Pero la guerrilla, tras perder cuarenta y cuatro hombres, no se quedó quieta. Pronto vino la retaliación. El frente sumó guerrilleros y sorprendió a los paramilitares, que en número de doscientos dormían en un campamento. No hubo una cifra oficial de muertos, pero Omar asegura que fueron muchos y que la sangre corrió por el territorio, impulsada por un ánimo bestial que nada ni nadie podían apaciguar. Ya terminado el combate, consolidada aquella pequeña victoria en la que una vez más colombianos mataron a más colombianos, Omar llegó al campamento y pudo ver que sus compañeros habían armado un partido de fútbol. No tardó en darse cuenta que en lugar de balón estaban usando la cabeza de uno de los paramilitares abatidos.

Pero no fue la barbarie de su grupo lo que hizo desvincularse de éste, sino un hecho que se dio durante el séptimo mes de su militancia. Uno de los integrantes de la compañía se entregó al Ejército y comenzó a suministrar información. Pronto los campamentos comenzaron a ser ubicados con facilidad y los bombardeos se hicieron frecuentes. El asedio del avión fantasma resultaba incesante. Los guerrilleros no volvieron a tener un minuto de paz, ni siquiera pudieron

volver a armar un campamento. Corrían por la selva como una legión de muertos vivientes. Detenerse a preparar una comida caliente era un impensable. A Omar se le llenó el cuerpo de hongos, la rasquiña resultaba insoportable. Un suceso en particular fue determinante: mientras corrían sin descanso, enfrentándose al hambre y al agotamiento físico, se encontraron a un Comandante que se desplazaba cómodamente en una camioneta con aire acondicionado y al lado una mujer que era su amante. Mientras tomaba sorbos de una botella de whisky, los reprendió duramente por huir de su responsabilidad.

Omar escapó de la guerrilla el doce de agosto de 2001. Lo hizo con un guerrillero al que no consideraba su mejor compañero, un tipo apodado “El rolo” que en su huida le había robado enseres y dinero a varios compañeros. Hubo persecución, pero los dos jóvenes alcanzaron a entregarse al Ejército, que finalmente los puso en manos del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.

De eso han pasado ocho años y ya Omar ha aprovechado al máximo la oferta concreta que recibió de la sociedad: que en su nueva vida, tras su desvinculación, podría estudiar. “Eso fue

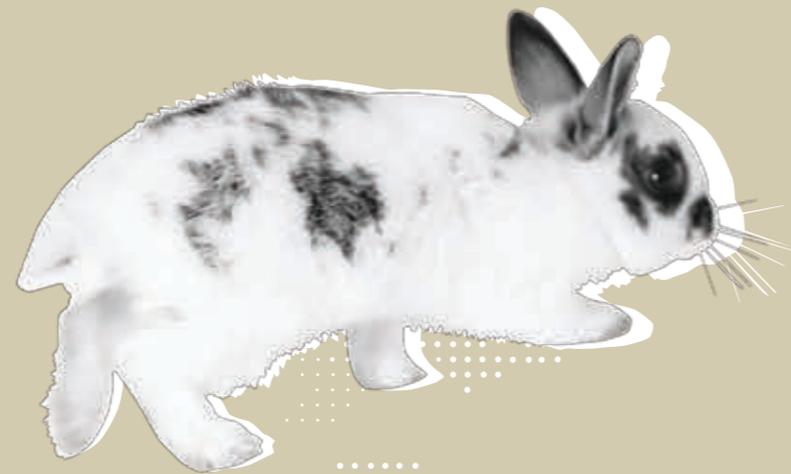
lo que más me sedujo”, afirma. En un principio quiso ingresar a la Facultad de Comunicación Social de la universidad pública de la gran ciudad, pero no le alcanzó el promedio académico y hoy no se puede sentir más satisfecho del rumbo que forzosamente tomó su vida. Omar estudia quinto semestre de bibliotecología, carrera que lo ha llevado a convertirse en un asiduo lector, desde el mismo momento en que tomó la clase de Introducción a la Literatura, dictada por el profesor Carlos Mario Durán. Este último, un hombre que no pasaba de 35 años y cuyas cátedras eran pequeñas epopeyas del aula, instó a Omar a leer a autores clásicos y contemporáneos, hábito que aún cultiva con dedicación. Guarda una especial admiración hacia la obra “Papá Goriot”, de Honorato de Balzac, a quien describe como un autor de gran lucidez y una amplia visión de la realidad.

Nadie en la universidad imagina el pasado que carga a costas este joven de ojos profundamente azules y expresión apacible, ni siquiera el profesor Durán, que lo tiene entre sus alumnos favoritos. Hoy Omar continúa entregado a la lectura, devorando libro tras libro con un interés que sorprende a sus profesores. Una vez culmine, tiene el deseo vehemente de ingresar a trabajar

en una de las grandes bibliotecas de la ciudad. Pero lo que más ansía es que esa lectura lo prepare para escribir sus propias historias. Ya tiene pensado cómo las va a escribir: serán cortas, muy claras, y plasmadas con el alma. Primero quiere escribir sobre “Memín”, el amigo cuyo cuerpo inane cargó por horas. Luego, más adelante, escribirá sobre sí mismo, sobre esa vida que una vez estuvo llamada a consumirse en el monte, en una eterna guerra; esa vida que hoy brilla con luz propia en un aula universitaria.

Hoy Omar continúa entregado a la lectura, devorando libro tras libro con un interés que sorprende a sus profesores.





siete
Leonidas



El viaje que marcó mi vida

Por sus méritos académicos, Leonidas fue escogido para viajar a Canadá, una experiencia que lo dejó lleno de enseñanzas.

No estoy seguro esa noche de haber podido disimular mi asombro. Entrábamos al Aeropuerto Internacional Trudeau de Montreal y me sentía en otro mundo. Yo, criado en pueblos campesinos de Colombia y en barrios apartados de Bogotá, luego de cuatro años combatiendo en el monte, ingresaba a aquel coloso arquitectónico de techos infinitos, paredes de cristal, monitores pantalla plana que brillaban con luz propia en medio de aquel firmamento futurista. Yo iba vestido de jeans, chompa marrón y los zapatos negros que había comprado el día anterior.

Me imagino lo futurista que yo mismo debía verme, con mis gafas oscuras de tres pesos, compradas en San Victorino en Bogotá. Muy futurista, ¿cómo no!

Para ese momento completaba tres años de haber dejado las armas, y la única arma que portaba era esta sonrisa fácil que nunca me abandona. Con ella me enfrenté al Oficial de Inmigración de Canadá. Creo que así logré que mi entrada fuera más fácil. Desde luego que él no tenía manera de saber de mi pasado, no yo tampoco le conté. Sí lo sabían los funcionarios del Consulado canadiense en Bogotá, que me habían expedido la visa, luego de que presentara los documentos del plan Ágape, mediante el cual un grupo de profesionales colombianos radicados en ese país se comprometían a sostenerme durante mi estadía. Era el viaje de mi vida, y yo me lo había ganado con mi esfuerzo, dos años después de haberme desvinculado del grupo armado.

Si me preguntan en qué momento de mi vida comenzó a crecer dentro de mí la idea de vincularme a las Autodefensas tengo que remitirme a mi infancia. Yo tenía cinco años de edad, y había sido criado en el campo con mis abuelos. Vivíamos en un pueblo limpio y ordenado, situa-

do en medio de una enorme planicie. Había fortuna agrícola y los habitantes eran gente amable, honesta y laboriosa. Por esos días comenzó a rumorearse que la guerrilla había llegado. Al principio no los vi, pero sí los escuchaba, en los montes remotos, en aquellas atronadoras plomeras contra el Ejército. Yo me escondía bajo mi cama, tratando de pensar en otra cosa para no escuchar ese ruido horroroso, ese retumbar de guerra que se me colaba hasta el alma. Hasta que un día, saliendo de la escuela, pude verme de frente con la muerte. Los niños escuchamos claramente el disparo, que provenía del pueblo. Bajamos una pequeña loma y vimos el tumulto en la casa de Don Rober. A Don Rober yo lo conocía muy bien. No solamente porque era buen amigo de mi padrastro, sino porque su hija era mi noviecita de la infancia. Al llegar, junto a la puerta principal de la casa, pudimos ver el cadáver. Tenía la frente destrozada de un balazo. Habían tocado a la puerta, don Rober preguntó con desconfianza desde adentro quién era. Se abrieron paso a patadas y le dispararon. Ya en el pueblo se sabía que don Rober era un condenado a muerte. La guerrilla lo había sentenciado bajo el argumento de que le colaboraba al Ejército.

Para ese momento
completaba tres años de
haber dejado las armas,
y la única arma que
portaba era esta sonrisa
fácil que nunca me
abandona.



En las mismas estaba mi padrastro, quien de inmediato abandonó el pueblo, dejándonos allí por un tiempo, mientras conseguía trabajo en la gran ciudad. Fueron largos meses de tensa espera. Las muertes aumentaban, vivíamos encerrados. La profesora también debió irse, clausurando la escuela. Los amigos de mi padrastro caían como moscas, afuera y adentro del pueblo. A uno de ellos lo mataron y lo echaron en una alcantarilla. También me tocó verlo, cuando lo traían cargado, envuelto en una sábana blanca.

Para mi abuela fue duro trastearnos a la gran ciudad. Vivíamos en un barrio gris, en una casa estrecha, otro mundo en comparación con la amplitud y el verdor del pueblo. No conocíamos el frío y éste hacía las cosas más difíciles. Tiritábamos en las noches. Ella permanecía triste, como encarcelada. Intentábamos subirle el ánimo, pero de nada servía. Yo ayudaba a un tío a vender limones y empanadas por las calles de la ciudad. Mis primos nos visitaban con cierta frecuencia, contándonos que a la zona del pueblo habían llegado las autodefensas y que la guerrilla estaba recibiendo su merecido. Mi abuelita empeoraba, hasta que finalmente los males del alma se le pasaron al cuerpo y terminó hospita-

lizada. Ya yo tenía doce años. Ella duró poco. En el mismo hospital se nos murió.

Desde que mi abuelita comenzó con sus achaques, tuve la certeza de que la guerrilla era la responsable. Fueron ellos quienes tomaron esa planta florecida y la obligaron a trasplantarse a un lugar donde jamás volvió a brillar. Fueron ellos quienes la convirtieron en una desplazada en un mundo ajeno. De allí que, cuando aún no terminaba de llorar a mi abuelita, regresé al pueblo y me regalé a las autodefensas.

Del entrenamiento tengo mis peores recuerdos, en especial del curso de descuartizamiento. Así lo llamaban: curso de descuartizamiento. Tomaban a un prisionero y los jefes nos iban indicando a los iniciados, de manera horrorosamente práctica, cuál era la técnica más fácil para irlo desmembrando con un hacha, poniéndole la bota en la nuca si era necesario. Luego, ya vinculado como patrullero, vinieron los combates, la bomba aquella que me estalló cerquita y cuya onda explosiva me hizo volar por los aires, la emboscada de que fuimos víctimas, tras la cual nos tocó correr como locos, mientras mi jefe me gritaba que no escondiera el trasero, que hiciera sonar ese bicho para meterles miedo a los guerrilleros.

Y vinieron también las “limpiezas sociales”, cuando salíamos sueltos de madre por el pueblo, a matar ladroncitos, drogadictos, homosexuales y milicianos del enemigo. Precisamente de una de esas misiones vinieron mis problemas con la ley. Un compañero y yo teníamos que matar al dueño de una finca, señalado como soplón de la guerrilla. La misión debía ser ejecutada en la ladera de un cerro. Había otro cerro en frente y yo no sabía que desde allí nos estaban viendo. Yo estaba sin camisa, lo que hizo que fuera más fácil distinguirme. Mi compañero disparó contra el hombre, pero éste quedó vivo. Entonces yo lo rematé, degollándolo con la machetilla. A veces cierro los ojos y puedo volver a ver esa mirada moribunda, suplicante. A los pocos días ya los hijos de la víctima sabían que yo había sido el responsable, y me acusaron ante las autoridades. De esa manera pasé a ser judicializado. Si antes andaba con cuidado por el solo hecho de ser combatiente, ahora tenía que cuidarme el doble. Los policías preguntaban por mí e incluso llegaron a pedirles a mis comandantes que me entregaran. Yo permanecía muy asustado. Si a algo le he tenido miedo en esta vida es a la picadura de una culebra, a la rabia de un mocoso y a la cárcel.



Confieso que cuando comenzaron los rumores de que las autodefensas se desmovilizarían, yo solamente pensaba en utilizar el proceso para limpiar mi nombre ante la ley y luego revincularme a otro bloque, el San Jorge, donde le pagaban mejor a los combatientes. Pero llegado el momento, luego de aquella ceremonia de la cual hicimos parte un total de veinticuatro menores de edad, entré en razón y entendí que debía rehacer mi vida. El gobierno me estaba dando una muda de ropa y un millón setecientos cincuenta mil pesos en efectivo. Otros compañeros corrieron a gastárselo en ron. Yo entendí desde el principio que tenía que guardar esa plata, emplearla en algo útil y hacerla parte de las nuevas oportunidades.

Desde el principio de mi nueva vida supe aprovechar el tiempo. Validé lo que me faltaba del colegio y fui lo más obediente posible. Me propuse olvidar el rencor por lo de mi abuela, dedicándome más bien a aprender cosas nuevas, especialmente en el campo pecuario, el que más me llama la atención. Aprendí de la cría de pollos de engorde, de conejos, de ganado, de codornices, de cerdos.

Así, cuando llegó la notificación al Centro de Atención Especializada (CAE) de que se iba a escoger a un joven para efectuar prácticas en

Si a algo le he tenido
miedo en esta vida
es a la picadura de
una culebra, a la rabia
de un mocoso y a la
cárcel.



el sector agropecuario de Canadá, me postulé y con muy buenas posibilidades. Estaba preparado y fui escogido.

Como si hubiera sido poco el impacto que me causó el aeropuerto, afuera estaba Montreal, ciudad de altísimos y modernos edificios, pero también con un hermoso sector antiguo. Los primeros días nos dedicamos a conocer, pero luego comenzamos las prácticas. En la pequeña fábrica de helados de un colombiano llamado Santiago Mallol aprendí a procesar mangos, limones, guanábanas y otras frutas que él importaba desde Colombia. Luego colaboramos en el reparto de los diferentes pedidos. Eso me permitió conocer aún más la ciudad.

Allí estuve una semana, al término de la cual pasé a la universidad, donde tomé un curso de tres días sobre el humus, las grandes ventajas de esa sustancia natural en el suelo. Luego me trasladaron a una finca, donde todos los procesos son orgánicos. Aprendí a trabajar en un invernadero, trasplantando los almácigos, atendiendo las plantas en crecimiento. Le sugerí al dueño que construyéramos un enrejado para las gallinas y me escuchó. Yo mismo realicé la construcción. Allí quedó, como un recuerdo de lo que fue

una experiencia inolvidable, tanto para mí como para ellos: yo conocí otro país que jamás había soñado conocer; ellos conocieron a un ex-combatiente de un lejano conflicto.

También asistí a varios eventos académicos. En la Universidad de Nueva Escocia compartí con muchachos y muchachas que habían estado en conflictos de varios países del mundo. Me dieron la palabra y conté de mi experiencia. Después del evento, una periodista me buscó y me pidió que le contara mi historia. Muchos se quisieron tomar fotos conmigo. En sus caras noté que me miraban con admiración.

Ahora puedo decir que el mes que pasé en Canadá fue inolvidable. Me llevaron de paseo a muchos lugares hermosos, el zoológico, la ciudad subterránea, la isla de Prince Edward y hasta aprendí a decir algunas palabras en francés. En un restaurante nos atendió una mesera muy bonita. Cuando terminó de atendernos, le dije “Mer-ci, bo coup”. Debí decirlo de una manera muy chistosa porque soltó una carcajada. Yo me puse tan nervioso que confundí el salero con un frasco de pastillas que me estaba tomando. A los pocos minutos regresé al restaurante y la mesera me estaba esperando con las pastillas en la mano.

Lo más importante es que esa experiencia me amplió los horizontes, me dio arrojos y argumentos para mi nueva vida. Ahora me estoy preparando para estudiar psicología, una carrera que mucho me entusiasma. Mientras comienzo, estoy trabajando en el parqueadero de un sitio turístico. Lo único que mis jefes objetan es que yo tenga estos tatuajes en el brazo. Por eso me han pedido que me los oculte siempre con la manga de la camisa del uniforme. Allí me toca lidiar con muchos tipos de clientes, unos muy amables, otros no tanto. Algunos se ponen furiosos y hasta me insultan cuando les cobro. Dicen que nuestras tarifas son una exageración. Pero ya yo no soy el muchacho irascible de antes, aprendí a controlarme. Les respondo con decencia, les sugiero que se quejen mediante una carta ante la gerencia. Hace unos días mis jefes revisaron mi hoja de vida y se dieron cuenta de que yo había estudiado programas básicos de computación. Claro que ellos no saben que yo estuve en el conflicto, ni yo les he querido decir. Creen que estudié por mis propios medios, y no por el apoyo que me dieron el ICBF, USAID y la OIM. Me dijeron que yo estaba subutilizado en el patio y me pasaron a Operario del Parking. Ahora paso

a trabajar en la oficina del parqueadero, mucho más cómodo, además de que me pagan más.

No puedo decir que me he realizado como persona. De verdad tengo la firme intención de seguir mis estudios y espero comenzar muy pronto. Pero por lo pronto ya no estoy en la guerra, matando a otros seres humanos, exponiendo mi vida todos los días, presenciando las más crueles atrocidades. Ahora mi lucha es otra: despertarme cada día, cumplir en mi trabajo, darles amor a mis familiares. Tiene algunas dificultades, pero es mi lucha. Al fin y al cabo, vale más luchar por lo que uno quiere que luchar por lo que otro desea.





ocho
Maribel



La niña que vio al duende

Maribel fue criada entre campos de coca. Luego de dos desvinculaciones, hoy disfruta a plenitud su nueva vida.

Cuenta Maribel que un mediodía, cuando tenía nueve años, mientras se bañaba en el río con su tío, un duende travieso se les apareció junto al piñal. Era un hombrecillo risueño y juguetón, iluminado por un resplandor que parecía brotar de su interior. La niña no se asustó, sino que lo contempló con ojos de fascinación. En cambio el tío, que ni siquiera tenía quince años, tomó su rifle y lo espantó a balazos. “Sólo desapareció, tan rápido como había aparecido”, recuerda hoy Maribel, con plena certeza de que aquello fue lo que fue.

Allí, en ese mundo agreste donde las criaturas encantadas del monte eran espantadas con el muy terrenal argumento de una lluvia de balas, creció Maribel. Desde que tenía uso de razón había escuchado la historia de su abuelo paterno, quien había sido asesinado por la guerrilla mu-

cho antes de que ella naciera. De allí que ella hubiera venido al mundo con una especie de rencor original, una sed de venganza programada que le era alimentada por los adultos a su alrededor y –años después– por sus superiores en la auto-defensa.

Su madre la había abandonado cuando era una niña de brazos, dejándola al cuidado de sus abuelos. El abuelo era un hombre recio, que se dedicaba al cultivo de la coca. No tenía reatos para reprender con golpes a Maribel, o a sus otros nietos, o a sus hijos pequeños. Pero también tenía corazón para ser abuelo, y en las noches solía reunirlos y contarles historias. Era amigo y socio de los paramilitares que dominaban la zona. De allí que para Maribel siempre fue normal verlos aparecerse a cualquier hora. En ocasiones llegaban sudorosos y fatigados luego de combatir con



la guerrilla. Maribel recuerda que siempre decían lo mismo: que habían ganado el combate.

Recuerda además que los comandantes se interesaban particularmente por los niños. A éstos les preguntaban directamente si estaban siendo víctimas de algún tipo de abuso y a los adultos les exigían que los enviaran a la escuela del pueblo. Incluso, en alguna ocasión, en que el abuelo se quedó sin dinero para comprar textos y útiles escolares, ellos se los compraron.

Cuando Maribel cumplió nueve años, su madre llegó por sorpresa a la finca. Tenía un nuevo marido, un hombre mucho mayor que ella. Pese al rencor que venía arrastrando hacia esa madre distante que la había abandonado, la niña intentó convencerse a sí misma de que podía encontrar una reconciliación y lo intentó. Incluso, en una ocasión se sorprendió a sí misma llamándola “mamita”. Pero muy pronto el rencor volvería a su lugar: por una travesura menor, la madre le asestó a Maribel un machetazo en el dedo. La niña le gritó a la madre que se iría con la autodefensa, aunque no se atrevió a hacerlo. Al menos no en ese momento. El hecho de que una madre le sacara sangre a su hija de diez años no pasó inadvertido en aquella pequeña comar-

La experiencia, además de convertirse en su iniciación a los más pavorosos rituales de violencia, le enseñó a ella que jamás se “cruzaría”, una costumbre, practicada por brujos indígenas, que era muy popular entre los combatientes de la zona. “El día que me muera, me muero y ya”, fue su reflexión.

ca. “Chombo”, un combatiente de veinte años de edad, reprendió a la madre por el uso de violencia contra la niña. Fue suficiente para que la madre fuera menos agresiva, pero a los pocos días ocurrió algo que para Maribel rebotó la copa: en varias ocasiones el padrastro intentó manosearla. La niña le contó a la madre y ésta le dio la razón al padrastro, llegando al extremo de sentir celos hacia su propia hija y cortarle el cabello muy corto para que se diferenciara. Entonces Maribel hizo lo que ya venía meditando: en compañía de uno de sus primos de su misma edad, se unió al grupo armado que dominaba la zona. Apenas acababa de cumplir los diez años.

Sus entrenamientos, en la base paramilitar de Lago Azul, duraron nueve meses, al término de los cuales los menores fueron sometidos a las dos pruebas finales: matar a un gallinazo, descabzarlo, recoger la sangre en un vaso y beberse toda; y luego recibir pólvora en los ojos, una acción irritante que demandaba la aplicación inmediata de zumo de limón para recuperar la nitidez de la visión. Aunque vomitó en la primera, Maribel pasó las dos pruebas.

Poco tiempo después, el grupo capturó a un combatiente guerrillero. El prisionero fue claro

desde el principio. Estaba “cruzado” y por eso de nada serviría que le aplicaran métodos convencionales para asesinarlo. Maribel cuenta que en efecto el hombre ni siquiera cayó al suelo cuando le fueron propinados varios balazos. Luego procedieron a atacarlo a machete y eso tampoco parecía afectarlo. A Maribel le ordenaron que le cortara los pies y ella cumplió al pie de la letra, pero el hombre continuaba con vida. Hasta que la misma víctima pidió que lo “pilaran”, lo cual significa matarlo a golpes con el mazo que se utiliza para triturar el maíz. Así fue. El inmortal finalmente cedió.

Para los jefes quedó claro que Maribel “prometía”. La experiencia, además de convertirse en su iniciación a los más pavorosos rituales de violencia, le enseñó a ella que jamás se “cruzaría”, una costumbre, practicada por brujos indígenas, que era muy popular entre los combatientes de la zona. “El día que me muera, me muero y ya”, fue su reflexión.

Para la niña asistir a su primer combate no fue una obligación, sino más bien algo que esperaba con ansiedad. La venganza estaba en su código genético y deseaba enfrentar a aquellos que habían matado a un abuelo remoto que era

como una sombra en su vida. Por eso, el día en que le anunciaron que pelearía contra el frente local de las FARC, se preparó con genuino entusiasmo, dejándose inyectar sin objeciones la dosis de coca que todos recibían para ser más fuertes en combate. Maribel disparó, como todos sus compañeros lo hicieron, resultando ilesa y castigando al enemigo, pero “Chombo” –aquel que la protegió de la violencia materna– murió en el combate.

Con el paso vertiginoso del tiempo y de las guerras del monte, Maribel fue transformándose de niña a mujer. Era aguerrida y audaz en las acciones del grupo paramilitar y eso le valió el remoquete de “La tigresa cascabel”. A los catorce años se enamoró del hijo de un narcotraficante de la zona. Ese romance precoz cambiaría su vida.

Ese día, luego de un combate, llegó al pueblo con su comandante, a un sitio de baile y bebidas llamado “No traiga machete que aquí le damos”. Allí se encontró al novio bailando con otra, una prostituta de la zona. Maribel los abordó. El chico abandonó el lugar y ambas discutieron. “¡Váyase a trabajar a otro lado!”, la mujer le dijo. Maribel entendió que le acababan de decir prostituta y le

pidió permiso a su comandante para matar a la mujer. Éste le dijo que de ninguna manera. Continuaron discutiendo y la mujer la tildó de “langaruta”, lo cual hizo que Maribel le insistiera a su jefe. Éste, ya con tragos encima, le dijo que hiciera lo que quisiera. Y así fue: Maribel encañonó a la mujer, la llevó al puerto cercano, la mató de un tiro y lanzó su cuerpo al río. Era la una de la madrugada.

Acusada de haber usado la violencia fuera de la guerra, Maribel fue sometida a juicio. Como castigo, recibió la orden de sumarse a un escuadrón que ejecutaba misiones de lo que en las autodefensas denominaban “limpieza social”, la matanza indiscriminada de adictos, ladronzuelos y milicianos de la guerrilla. Cumplida esa labor, regresó al campamento. Sus jefes la esperaban con una nueva misión.

Uno de los jóvenes combatientes se había escapado y se encontraba en un Hogar Juvenil del Bienestar Familiar. Maribel tenía que presentarse en ese hogar, hacerse pasar por desvinculada, y matarlo. En su fase inicial, la misión funcionó y Maribel llegó al lugar indicado. Había logrado ubicar a su objetivo, la tarea estaba lista para ser ejecutada. Pero, como parte del proce-



so institucional al que debía someterse, Maribel inició conversaciones con una psicóloga, a la cual le contó su vida. Así regresó a su memoria la historia de su abuelo materno, pero ya no como un argumento para el odio y la violencia, sino como un elemento de reflexión. Pensó que ese joven al que ella estaba a punto de eliminar, era un ser humano que algún día tendría nietos, tal como su abuelo los tuvo. Llegó a la conclusión de que ella estaba a punto de repetir la historia, pero desde el lugar de quienes la habían privado de su abuelo. Y terminó revelando la verdad.

Como urgente medida de seguridad, Maribel fue trasladada de inmediato a otra ciudad, iniciando así su proceso de reinserción a la vida civil. En un Centro de Atención Especializada (CAE) aprendió cocina y panadería. Entre tanto, el bloque al que había pertenecido depuso las armas colectivamente, como parte del proceso que surgió con ocasión de la Ley de Justicia y Paz, promulgada por el Estado en 2005 con el objetivo de desmovilizar a las Autodefensas Unidas de Colombia. La joven comenzó a validar los años de estudio que había perdido y aprendió a manejar un aparato de cuya existencia no tenía noticia: el computador.

Ya con las autodefensas desmovilizadas, comenzó a correr el rumor de que una facción del movimiento se había quedado en el monte, operando con el seudónimo de “Águilas negras”. Maribel lo supo en el CAE a través de un compañero, el cual le dijo que la nueva organización pagaba mejor y era más activa en los operativos militares. No era un desvinculado más. Luego se sabría que era un reclutador infiltrado, cuya misión era “recuperar” la mayor cantidad de combatientes posibles y conducirlos hacia el nido de las águilas. Entre algunos problemas menores de disciplina que surgieron y la vulnerabilidad de su mente infantil, Maribel se dejó convencer.

En efecto, las “Águilas negras” eran más activas, lo cual en el mundo de la violencia no significa otra cosa distinta a que eran más sanguinarias aún que su antecesor. La mayoría de los combatientes eran viejos conocidos para Maribel, integrantes de las AUC que se habían “guardado” para continuar en la barbarie. Había más de seiscientos en las zonas y tenían órdenes de procurar no matar al enemigo, sino capturarlo para luego infligirle las más horribles torturas, y al final hacerlos picadillo. Maribel, con catorce años cumplidos, comenzó a reflexionar sobre el

Salieron de allí en horas de la madrugada como un par de murciélagos despavoridos y atravesaron medio país hasta llegar a la ciudad. Fueron siete horas frenéticas en el curso de las cuales sólo se detuvieron a provisionarse de combustible.

rumbo que le acababa de dar a su vida y eso la condujo a estallar en una gran pregunta final: “¿¿¿Yo qué hago aquí???”

Vino entonces la fuga, acordada con un compañero de guardia. Para el plan, sólo contaban con una motocicleta Suzuki 100. Salieron de allí en horas de la madrugada como un par de murciélagos despavoridos y atravesaron medio país hasta llegar a la ciudad. Fueron siete horas frenéticas en el curso de las cuales sólo se detuvieron a provisionarse de combustible. Entraron a Bogotá sin conocer la ciudad y se entregaron en el primer cuartelillo de policía que encontraron. Así, por ese conducto, luego de dos etapas con la autodefensa, Maribel inició su tránsito en el Programa de Atención Especializada del ICBF.

En dos años ha estado en hogares de familias que la han recibido, en la modalidad de hogar tutor, y por un Centro de Atención Especializada. Muchos profesionales han pasado por su vida en diferentes disciplinas, pero Maribel menciona uno en especial. Sólo lo identifica como John, un joven psicólogo con el cual efectuó prolongadas sesiones.

—Primero me hacía reír —dice Maribel—. Luego me hacía llorar.

Es decir, John rompía el hielo al principio con chistes y bromas. Pero luego la confrontaba con su propia realidad y la encaminaba hacia una reconciliación con su pasado. Le decía que su madre era muy joven cuando la abandonó y le instaba a perdonarla. Al mismo tiempo le hacía ver que ella también había causado mucho daño en sus acciones como militante de grupos paramilitares, enfatizando en que sólo perdonando a los demás podría encontrar la paz interior. Hoy Maribel ha hecho significativos avances en el control de su propia ira, al tiempo que mantiene excelentes relaciones con su madre.

Desde su desvinculación ha tomado cursos sobre derechos humanos, salud sexual y reproductiva y primeros auxilios. También ha aprendido música rap, fotografía, teatro y video. En esta última disciplina fue parte de un grupo de jóvenes desvinculados que elaboró el documental “Laberintos sin ventanas”, cuya principal conclusión –relata Maribel– es que “no se requiere ser parte de un grupo armado para ser alguien”.

Maribel está a punto de culminar estudios de Diseño Gráfico, una disciplina en la cual maneja programas altamente especializados como *Photoshop*, *In Design* y *Corel*, y la cual la habili-

tará para trabajar en el mundo de la publicidad. Vive en la actualidad en un hogar tutor, donde ha encontrado una familia, incluyendo una tutora maternal que le prodiga fuertes abrazos y la insta a seguirse superando.

No es una niña tierna. En sus ojos cunde el recelo, y su figura magra y esbelta parece siempre dispuesta a saltar y salir corriendo. No aparenta ufanarse de sus grandes logros como desvinculada y suele esbozar una risilla que ella utiliza como remate a una cierta sorna que maneja entre líneas. Maribel exhibe al mismo tiempo una arrolladora disposición hacia el futuro, hacia los retos que la vida civil le va planteando. Eso es evidente en sus ojos, como si con ellos quisiera tomarse al mundo.

Pasó media vida creyendo que aquel mediodía su tío había eliminado al duende a balazos. Pero no, el duende sólo desapareció, quizá dando tiempo a que aquella niña pasara por todo lo que tenía que pasar. Hoy está segura de que el duende volverá a aparecer en su vida. Ya no hay nadie a su alrededor que lo espante a balazos. Por el contrario, ella ahora lo espera con ansiedad.





nueva
Byron





Un asunto familiar

Byron nació y creció expuesto a las FARC. Romper ese ciclo le costó esfuerzo y lágrimas.

En aquella vereda, nublada e inmensa como un cielo sin ángeles, los dos hermanitos eran inseparables, un gorrioncillo y una gorrioncilla que revoloteaban todo el día por los pastizales y jamás se metían en un juego que fuera sólo para niños o para niñas. Si otros niños querían jugar con ellos, tenían que aceptarlos juntos. Además de hermanos, eran entrañables amigos. Byron era un año menor que Ángela, pero se trataban como si fueran de la misma edad. Más allá de las circunstancias cronológicas, los había unido la soledad. Su padre había abandonado el hogar cuando Byron tenía apenas dos meses de nacido, dejándolos solamente con su madre. Como una marca de nacimiento, su destino era acompañarse mutuamente. El mundo era peligroso, ya su madre se los había advertido: sólo se tenían

el uno al otro. Tenían que saber cuidarse. Fue por eso que, el día en que un grupo de niños mayores, en medio de un partido de fútbol, intentó agredir al pequeño Byron, acusándolo de que no tenía ni idea para dónde patear, la niña peleó a la par como un varón más. Repartió arañazos y mordiscos, como defendiendo su propia vida, y luego ambos corrieron manga abajo en medio de una pavorosa tormenta. Esa noche, mientras intentaban dormir al incierto arrullo de los truenos y los golpes de la lluvia contra el techo de cinc, y ella le inventaba cuentos para amainarle el susto, el pequeño Byron tuvo la certeza de que su hermana era su ángel.

No fue una infancia común y corriente, marcada por promesas de querubines y juguetes. Por aquellos territorios de las montañas centrales de Colombia, la ley no era el gobierno, sino aquellos hombres y mujeres vestidos de militares que andaban por el pueblo a sus anchas, tomando las decisiones cotidianas. Ellos encarcelaban a los ladronzuelos, si alguno osaba aparecer, y un conflicto de linderos era resuelto en una audiencia de cinco minutos con el comandante guerrillero. Byron no recuerda cuándo los vio por primera vez. Simplemente

Esa noche, mientras intentaban dormir al incierto arrullo de los truenos y los golpes de la lluvia contra el techo de cinc, y ella le inventaba cuentos para amainarle el susto, el pequeño Byron tuvo la certeza de que su hermana era su ángel.

siempre estuvieron allí. Son tan remotos en su vida como el biberón: cuatro de sus más cercanos familiares eran parte de ellos. Su padre militaba en el partido comunista y les colaboraba de múltiples maneras, sirviéndoles de apoyo político, asesor ideológico e incluso de mensajero. Dos de sus tíos maternos y una tía paterna eran combatientes activos, gente de camuflado y piel curtida que solía aparecerse de visita en la casa, portando armas abiertamente. Byron recuerda a su tío sentado en la mesa del comedor, tomándose una taza de café y conversando sobre temas familiares con su madre, con un fusil AK-47 apoyado en el suelo como si se tratara de un inocente bastón.

Era normal, además, que la madre y los niños se fueran a pasar vacaciones en diferentes campamentos de las FARC. Para Byron era lo más natural. Ni siquiera lo percibía como algo irregular, que hubiera que hacer a las escondidas. Simplemente tomaban un bus de escalera, luego un campero, y finalmente unas mulas, antes de llegar a su destino vacacional. Allí, los niños dormían en *cambuches*, comían a la par de los guerrilleros y veían el trajín del armamento como algo normal y cotidiano.

En una de esas vacaciones, en la ruta hacia un campamento y cuando Byron ya había cumplido los ocho años, la madre y los dos pequeños llegaron a un pueblo para tomar un bus intermunicipal. El bus se demoraba unas horas en salir y decidieron matar tiempo visitando a una antigua vecina que vivía en las afueras del pueblo. Para no cargar con las maletas, decidieron dejarlas en casa de un conocido, frente a la pequeña plaza del pueblo. Tan pronto comenzaron a caminar se desató un encarnizado ataque guerrillero. Byron recuerda que iban pasando por el cuartelillo de policía justo en el instante en que una bomba caía sobre éste, dejando a un agente muerto. Madre e hijos corrieron hacia las afueras y pronto escucharon el ruido de un helicóptero militar que disparaba desde el aire muy cerca al camino por donde ellos se movían. Decidieron refugiarse en una casa abandonada. No salieron de allí hasta que el rugido del combate no hubo desaparecido. Cuando llegaron a la casa del conocido, encontraron que a éste lo habían asesinado y que el cadáver aún estaba fresco en la sala. Tomaron sus maletas y salieron de ese pueblo como si acabaran de verle la cara al demonio.

Esa fue la infancia de Byron. Tuvieron que pasar muchos años para saber que un niño normal no pasaba vacaciones en un campamento guerrillero y que la ley del territorio no era aquel ejército del monte, sino que había un gobierno y unas fuerzas militares oficiales. Para Byron, el niño, no existió otra cosa distinta a la subversión y las armas se volvieron familiares en su vida, al punto de que en aquellas épocas de vacaciones, uno de los juegos, con su inseparable Ángela, era quitarle y ponerle las balas a un fusil.

Pero los caminos de los dos hermanos habrían de bifurcarse. Eso ocurrió cuando Byron cumplió doce años: Ángela decidió ser consecuente con el destino de la familia, uniéndose a la guerrilla. Apabullado por la tristeza, Byron le pidió a su madre que lo enviara a casa de un tío en Cartagena. Así fue. Para el joven fue duro salir de aquel apacible pueblo de las montañas rumbo a esta ciudad grande, hirviente y ajetreteada, donde ayudaría a su tío en un puesto del mercado público. Pero lo más difícil de todo fue la ausencia de Ángela, de quien jamás se había separado.

Un tiempo después, Byron regresaría a su pueblo y también seguiría la ruta que ya le había

marcado la vida desde el nacimiento: se unió a las FARC, a un comando distinto al de su hermana, aunque del mismo frente. Pronto pudo ir a visitarla y los dos hermanos vivieron, en un campamento clandestino de la cordillera, quizá el momento más feliz de sus vidas. Byron recuerda que pasaron toda la noche despiertos, contemplaron el cielo estrellado y se pusieron al día con sus vidas. Ya para entonces Ángela, a pesar de su edad, era una curtida guerrillera, con experiencia en combates, sembrado de minas y otros menesteres. Ella le contó cómo había sido su vida en la subversión, su alistamiento, motivado porque estaba enamorada de un guerrillero llamado Estiven, los problemas que tuvo al principio por su rebeldía. Cuando con sus compañeros emprendían largas caminatas, y ella se sentía cansada, simplemente rehusaba seguir caminando, y todo el grupo tenía que esperarla. Si alguien le reclamaba, ella le recordaba que era sobrina del comandante. En una ocasión, un mando medio la sorprendió jugueteando con el AK-47, usándolo como bastón. Eso le costó muchas noches de guardia. Hasta que su tío llegó a la conclusión de que era un mal ejemplo para la tropa y la mandó de vuelta a casa. Un tiempo después, ella se pre-



sentó ante el comandante de otro frente y pidió ser reintegrada. El comandante la aceptó con la condición de que dejara la rebeldía y se volviera obediente. Y allí estaba, ya consolidada en la organización, con muchos combates a cuestas, recibéndole la visita a su hermano menor. Ya amaneciendo, Ángela le pidió a Byron que no siguiera el mismo rumbo que ella, que estudiara, que hiciera algo provechoso con su vida, y al final le hizo prometerle que cuidaría de su madre.

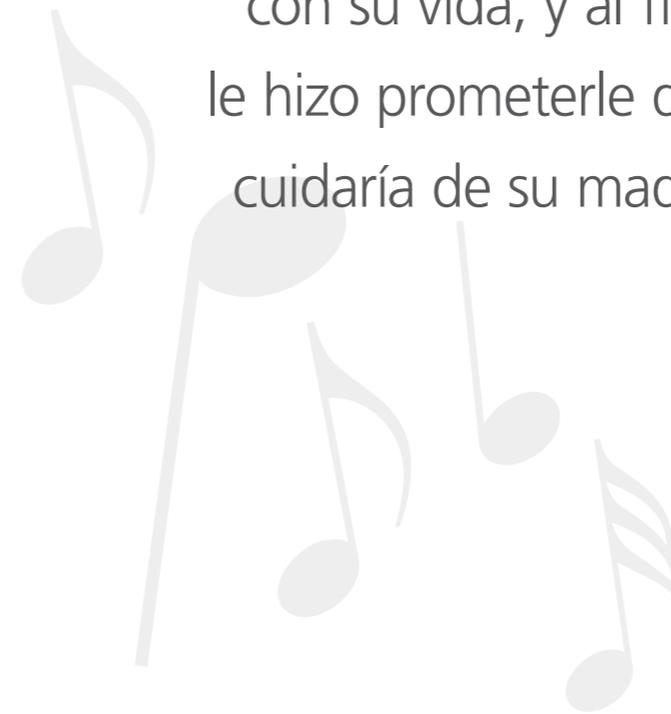
Cuando Byron regresó a su campamento, las cosas no fueron lo mismo, y antes de cumplir un mes como guerrillero, sin haber sostenido un combate ni cumplido misión peligrosa alguna, decidió desvincularse. No tuvo que fugarse, como ha sido el caso en tantas otras historias de la desvinculación. Prácticamente había crecido entre guerrilleros y tenía alguna ascendencia entre los comandantes. Simplemente se marchó caminando y llegó a su casa. Allí se encontró con que su madre había enfermado gravemente del corazón. Fue preciso entonces que madre e hijo se trasladaran a la ciudad capital, donde ella podía recibir la atención médica que necesitaba. Pero si la gran ciudad fue la solución para el corazón de la madre, también se convirtió en

el monstruo que comenzó a tragarse a aquel muchacho que apenas salía de su infancia. Luego de que un amigo le dio a beber una infusión de marihuana, Byron conoció las drogas, que se convertirían en un problema. Pronto regresaron al pueblo, donde Byron se reencontró con algunos compañeros de la infancia. Ellos le hablaron de un programa gubernamental que apoyaba a los ex-guerrilleros para que se reintegraran a la sociedad. A los pocos días una sicóloga del ICBF lo visitó y Byron sintió que alguien en verdad se preocupaba por él. A partir de allí nació un nuevo Byron, un joven convencido de que tenía que dejar atrás el pasado de la guerra, convertirse en una persona útil a la sociedad y cumplirle la promesa a su hermana.

De Ángela poco se sabía, pero al menos cada cuatro meses llamaba a su abuela y contaba vagamente de sus andanzas en la guerrilla. Hasta que un día cesaron las llamadas. Y comenzó a pasar el tiempo, la más angustiosa de las incertidumbres para Byron. La llamada finalmente llegó: un antiguo compañero le contaba que Ángela había muerto el 28 de agosto de 2008.

Fue en un ataque del Ejército al campamento. Ángela recibió un tiro en el hombro iz-

Ángela le pidió a
Byron que no siguiera
el mismo rumbo que
ella, que estudiara, que
hiciera algo provechoso
con su vida, y al final
le hizo prometerle que
cuidaría de su madre.



quierdo y corrió herida a tratar de salvarse, pero a los pocos metros cayó a un río. Luchó contra las aguas, pero, ante la imposibilidad para bracear, sus esfuerzos resultaron inútiles.

—Siempre he pensado que esa es una forma horrible de morir —dice hoy Byron—. Creo que la mejor muerte sería con un tiro en la cabeza o simplemente irse sin dolor ni desespero alguno.

Hoy Byron conserva las fotografías del levantamiento del cadáver, diligencia efectuada por la Fiscalía General de la Nación. Ahí está el cadáver sobre el barro húmedo, enredado entre los juncos de la orilla del río. A un lado está el AK-47 y un atado con víveres y efectos personales. La herida en el hombro se advierte fresca. Los ojos de Ángela están abiertos, como si sus ojos profundamente azules miraran hacia el cielo, como una niña que hubiera muerto en su cuna, en sana paz. Siempre que se siente deprimido, Byron mira esas fotos. Aun con lo descarnadas que son, Byron dice que lo calman y lo hacen sentir mejor.

Byron es un joven de ojos grandes y largos cabellos lacios. Aunque apenas acaba de llegar a la mayoría de edad, en su rostro es evidente que mucho ha vivido, que la vida lo ha convertido en un adulto a la fuerza. A tan corta edad le ha tocado enfrentar la drogadicción e incluso llegó a pasar por un grupo que practicaba rituales satánicos. Todo lo ha superado y hoy por hoy ha asumido una responsabilidad frente a su madre, quien ya ha sido sometida a dos cirugías. Es por eso, por lo delicado del corazón de ella, que Byron ha optado por no contarle de la muerte de su hermana. Pero Byron está convencido que en el fondo ella lo intuye.

Los cursos que ha tomado, el acompañamiento permanente por parte del programa, el porvenir de una carrera universitaria que ahora se abre frente a sus ojos, lo ha convertido en un joven diferente, que ha logrado despojarse de la marca cruel de la guerra, de ese rictus de perdición y de desesperanza que lo anulaban para la sociedad. Ahora camina por las calles de la ciudad con la cabeza en alto, un joven orgulloso que se ha librado de un destino de marginalidad. Siente que, a pesar de los malos recuerdos, del tormento de la memoria de su hermana, un fuego ha

A tan corta edad le ha tocado enfrentar la drogadicción e incluso llegó a pasar por un grupo que practicaba rituales satánicos.

ido creciendo en su corazón y que nada saca con ser destructivo, con fraguar una venganza. Por el contrario, Byron sabe que el mejor homenaje para su hermana es reconstruir su vida y la de la familia. Eso lo motiva, lo convierte en un joven de arrolladora motivación que fervientemente desea construir un hogar con su novia e ingresar a la universidad.

Ya culminando el bachillerato, Byron fue elegido personero estudiantil. Hace poco dos educadores, miembros del Consejo Directivo del colegio, le dijeron que no se veía bien que un estudiante con semejante cargo llevara el cabello largo y le ordenaron que se lo cortara. Pero este joven, que aún en la vida institucional mantiene su espíritu rebelde, se negó airadamente, con el argumento de que la importancia del encargo de sus compañeros nada tenía que ver con la forma en que llevaba su cabellera.

Aun cuando relata los instantes más escabrosos de su vida familiar, Byron suele rematar sus frases con una sonrisa corta, que más parece un mecanismo de defensa que una expresión de humor, quizá una manera de conjurar los malos recuerdos que lleva a cuestas. Es un consumado aficionado al rock y al “heavy metal”, tal como

se evidencia en el dije de una guitarra eléctrica que cuelga sobre su cuello y en las camisetas que usa con frecuencia, de grupos como “Creator” y “System of a down”.

A su corta edad habla con propiedad de temas de actualidad, especialmente de política, una habilidad que ha perfeccionado en su experiencia como conductor de un programa en la radio estudiantil. Ha leído a Marx y se declara de acuerdo con los ideales marxistas, aunque considera que la guerrilla colombiana no los desarrolla, consecuencia de su “irracionalidad”. Cuestiona los métodos de los partidos políticos tradicionales y del gobierno, argumentando que si el dinero que se invierte en la guerra se destinara para la educación, el país sería diferente. Habla de un “comunismo reformado” y anhela tener el poder para cambiar al país.

En su nueva vida, lo que sin duda Byron más disfruta es su participación en el grupo teatral del colegio, en especial una obra. Es la historia de una familia cuyo padre es un expendedor de droga, una de las hermanas trabajadora sexual, un hermano un travestido que ronda las calles y otro hermano retardado mental. La protagonista, único integrante de la familia que es-

tudia formalmente, conoce a un joven en la universidad y éste le insiste en que quiere conocer a su familia. Avergonzada por su familia, la joven hace un montaje con la madre, para dar la impresión de que en esa casa todo es normal. Pero el hermano retardado, al que habían encerrado en una habitación, logra salirse y cuenta toda la verdad. Cuando Byron explica la moraleja, muy a su manera, se le iluminan los ojos: “la verdad por encima de todo, parece”.

Ha leído a Marx y se declara de acuerdo con los ideales marxistas, aunque considera que la guerrilla colombiana no los desarrolla, consecuencia de su “irracionalidad”.



diez
Dayro



La sonrisa del panadero

Dayro fue un niño emprendedor. Pero sólo después de la guerra ha podido demostrar que su empuje empresarial no tiene límites.

Un olor a pan recién horneado brota desde el pequeño local, invadiendo toda la cuadra. Allí dentro la joven pareja atiende el negocio. El esposo permanece en la parte trasera, en un hirviente recinto, entregado a los trajines de la fabricación del pan. La esposa, que no pasa de los dieciséis años, se ocupa de la venta a los clientes, los cuales van aumentando a medida que el olor se riega por aquel barrio de pueblo pequeño. Sucede siempre a esa hora, muy temprano en la mañana, cuando sale del horno el Pan Campesino, producto estrella de la pequeña panadería, la única que lo vende en el pueblo.

Ya el panadero, a pesar de lo joven, le conoce el secreto al producto. Dayro aprendió a fabricar el Pan Campesino en uno de sus múltiples cursos. La clave consiste en aplicarle con precisión

la medida justa de levadura y bajo ninguna circunstancia permitir que se queme el queso, el cual siempre debe ser del tipo Cañaveral, del que venden en un pueblo vecino.

Apenas treinta meses atrás, Dayro, del pan, sólo sabía llevárselo a la boca y no sospechaba siquiera que su fabricación demandara tanto jaleo. A duras penas había aprendido a leer y escribir. Como integrante del Bloque Norte de las Autodefensas Unidas de Colombia, era un joven de diecisiete años que solamente había cursado hasta tercero de primaria, viéndose inmiscuido en una guerra que lo había conducido a vivir los peores horrores de su vida. El 2006 había llegado con nuevos vientos, regándose entre los combatientes la voz de que ya pronto vendría la desmovilización y entrega de las armas. Dayro no



olvida el día en que llegó un grupo de veteranos paramilitares desde el Urabá a visitar su campamento. Daban como un hecho seguro que la dejación de fusiles estaba a la vuelta de la esquina. Dayro les preguntó qué harían todos los combatientes, cuyo único oficio era la guerra. Uno de ellos, el mayor en edad, se lo dijo: “Aprenda panadería. Eso es un buen negocio”.

Del día de su desvinculación, Dayro recuerda en especial que pasó todo el tiempo entre filas: fila para verificar que no tuviera antecedentes; fila para cederse; fila para tramitar el auxilio del gobierno, y al final la gran formación militar, en la pequeña plaza de una vereda cerca a Valledupar. Fueron muchos discursos. Luego se callaron las voces en la tarima central y Dayro se dio cuenta de que se había acabado la guerra y que, por tratarse de un menor de edad, había quedado en manos del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.

Terminaba para Dayro una guerra dura, en la que no hubo jamás un minuto de calma. Había llegado a la autodefensa campesina a los catorce años de edad. No había nada en su hogar que lo hubiera conducido a la guerra, nada grave, ni violencia intrafamiliar, ni exposición a los

...era un joven de diecisiete años que solamente había cursado hasta tercero de primaria, viéndose inmiscuido en una guerra que lo había conducido a vivir los peores horrores de su vida.

grupos armados. Era el hijo normal de una pareja de padres separados, con la particularidad de que siempre fue muy aventajado para su edad. A los trece años buscó una parcela para aprovecharla y tuvo la suerte de hallarla: su propietaria necesitaba que alguien protegiese la tierra, ante las invasiones masivas que estaban dándose en el territorio. Dayro implementó una huerta y construyó un enorme galpón que fue llenando de aves de corral.

La leyenda del niño emprendedor que a los trece años era capaz de sostener su propia parcela despertó el interés de un residente del pueblo, un anciano del Valle del Cauca que pronto comenzó a visitarlo. Admirado con la forja del muchacho, el viejo decidió premiarlo, invitándolo a que conociera las tierras del occidente. Dayro aceptó el viaje, dejando la parcela y las aves al cuidado de uno de sus cuñados. Fue un grave error desestimar la voracidad del cuñado. Semanas después, cuando Dayro regresó del paseo, se encontró con que aquel se había comido casi todas las aves, acompañándolas con los vegetales que producía la tierra. Sintiendo arruinado, y sin más caminos a los catorce años, Dayro buscó a las autodefensas, que acababan de llegar a la zona.

El entrenamiento duró tres meses, al cabo de los cuales el mando consideró que aquella compañía estaba lista para una peligrosa misión. La guerrilla se había apoderado de un vasto territorio en el sur de La Guajira, entre las elevaciones del Perijá y la Sierra Nevada de Santa Marta. Las autodefensas consideraban primordial arrebatárselo a su enemigo ese corredor, que era vital en el paso hacia Venezuela. A pesar de que no habían tenido experiencia alguna, los muchachos fueron enviados. Dayro se dio cuenta de que la operación iba a salir mal desde el mismo recibimiento. Una lluvia de cilindros-bomba cayó desde lo alto del cerro Pintado, abatiendo a varios de los jóvenes. Dayro, que iba en el segundo grupo, justo detrás de la fuerza de choque, recuerda haber visto muchos cadáveres, incluyendo el de un comandante que andaba con un perro sabueso: los guerrilleros le habían colocado la cabeza del perro al cuerpo del comandante y la del comandante al cuerpo del perro.

Mientras se protegía detrás de una cueva de hormigas, Dayro pudo ver a uno de sus compañeros asomarse para disparar y de inmediato recibir un balazo en la frente. Dayro no lo olvida. El joven le lanzó una mirada yerta, y alcanzó a

tocarse la frente, en un gesto tan sutil como si un mosquito acabara de picarlo. Enseguida se desplomó. Dayro trató de correr, pero escuchó el sonido inconfundible de un cilindro que se le venía encima. Era como un helicóptero pequeño cuya hélice generaba un sonido de tubo vacío. Lo vio caer frente a sus ojos y esperó el estallido fatal con resignación. Pero el cilindro no estalló; se quedó “pegado”, como se dice en el argot de la guerra. Dayro reanudó la carrera y pudo salvarse. Pocos momentos recuerda con tanto horror, en especial el penetrante olor a pólvora que reinaba en el ambiente. Fue una de las peores derrotas en la historia de las AUC: treinta y ocho hombres perdieron la vida.

De allí en adelante vinieron múltiples combates y operativos, momentos duros para un adolescente que –sin darse cuenta– había optado por la guerra como la única ruta de su vida. Pero sucedió algo que le sacudiría las entrañas. El padrastro de Dayro fue acusado de ser colaborador de la guerrilla. La ejecución tendría lugar delante de los propios ojos del muchacho. Dayro tuvo el dilema de defenderlo, decir algo a su favor. Pero ya sabía, por otra experiencia que había presenciado, que el sólo intento de meter la

mano en la candela a favor de un condenado, podía costarle la vida. El padrastro también lo sabía y no se atrevió a decir una palabra que revelara el vínculo entre los dos. Se limitó a mirarlo a los ojos, como esperando que de ese contacto surgiera un milagro. Dayro pensó en su madre, quiso gritar. Pero guardó silencio. A los pocos segundos, allí delante de su hijastro, el hombre recibió un tiro de gracia.

Así, los vientos de desmovilización resultaron refrescantes, la fórmula ideal contra las tribulaciones de la guerra, cuyas únicas salidas posibles hasta entonces eran la muerte o la cárcel. Desde ese mismo día, en medio del calor de marzo en la vereda “La mesa”, Dayro emprendió su propia redención. Lo hizo a un ritmo inusitado, como si la vida le tuviese guardada una promesa y le faltara tiempo para perseguirla.

Dieciocho meses después, tras haber pasado por un Hogar Transitorio, por un Centro de Atención Especializada, de haber realizado un proceso en el Centro de Referencia y Oportunidades Juveniles CROJ, y de haber tomado tantos cursos como el tiempo se lo permitió, Dayro consideró que había llegado la hora de presentar su proyecto productivo ante la Alta Consejería para



la Reintegración: la hora de su propio negocio, la panadería.

La propuesta oficial, de unas cien páginas, está contenida en un cuadernillo cuidadosamente argollado y organizado. Para aspirar a un aporte de ocho millones de pesos, el solicitante debe certificar al menos seiscientos cincuenta horas de preparación. Dayro pasa de mil. Allí están los certificados del SENA: treinta horas de Bizcochería, otras treinta de Productos de Queso, treinta más de Hojaldrados, cuarenta de Panadería Básica, doscientas de Mentalidad Emprendedora y Emprendimiento y cien de Reincorporación a la Vida Civil. Están también las constancias de una Caja de Compensación Familiar, un curso de Panadería de doscientas horas y otro más de Emprendimiento Empresarial de cien horas. Incluye igualmente el diploma de Bachiller Académico, grado que Dayro obtuvo tras validar ocho años escolares en sólo un año. Y está también el certificado de prácticas, un total de cuatrocientas horas que Dayro cumplió en una acreditada panadería de la ciudad capital. Don Emilio, el dueño de la panadería, no solamente le dio la oportunidad a sabiendas de que se trataba de un muchacho que había estado en un grupo armado, sino que

le brindó múltiples consejos y el día de la graduación escolar lo sorprendió al presentarse allí con toda su familia. “Durante este tiempo se observó muy buen comportamiento, interés en las asignaciones y gran demostración de progreso”, reza el certificado de prácticas, firmado por la Jefe de Personal de la panadería de don Emilio.

Uno de los psicólogos que acompañaron a Dayro durante el proceso escribe lo siguiente en el concepto psicosocial que hace parte de la propuesta para el proyecto: “Es un joven con iniciativa y predisposición para emprender acciones, mejorar resultados y generar oportunidades”.

Pero además de las constancias y certificaciones que integran la propuesta, y que definen los vertiginosos logros de un joven que apenas dos años atrás era semi-analfabeta y disparaba un fusil en el monte, brillan con luz propia las sustentaciones financieras allí consignadas, preparadas de puño y letra por el mismo Dayro en hojas de cálculo del programa “Excel”. Ahí están los cuadros de Inversión Inicial, Presupuesto de Gastos y de Nómina, Costo de Materias Primas, Capacidad de Producción y Plan de Ventas, todos proyectados a doce meses y con datos tan pormenorizados como el número de mojicones,

Así, los vientos de desmovilización resultaron refrescantes, la fórmula ideal contra las tribulaciones de la guerra, cuyas únicas salidas posibles hasta entonces eran la muerte o la cárcel.

roscones bocadillo, panes rollo y panes cáscara que la proyectada panadería se propone vender cada mes. El proyecto incluye además la descripción de cada una de las máquinas que Dayro adquirirá para el negocio: rollera con motor de dos caballos, horno de seis latas y dos temperaturas independientes, picadora de 36 cortes, mojadora, escabiladero de cuatro varillas...

Sin objeción alguna, el proyecto es aprobado en las diferentes instituciones y Dayro emprende su nueva vida. Ahí está hoy, haciendo vida marital con la hermana menor de un compañero desvinculado. A comienzos de 2009 tuvieron su primera hija, una bebé que alterna sus horas entre los dos locales de la panadería mientras sus padres atienden el negocio, que ya trascendió más allá de una panadería: en las últimas semanas Dayro obtuvo un enfriador, y ahora vende gaseosas, además de leche y algunos productos básicos como huevos, arroz y lácteos.

No ha sido fácil. En una ocasión la cuchilla de la rollera se partió en medio de la producción de un cuarto de arroba de harina y a Dayro le tocó abrirla mientras su mujer sacaba a toda prisa la masa para no perderla. Armado de destornillador y paciencia, no descansó hasta que la hubo

arreglado con sus propias manos, sin necesidad de llamar a un técnico. En su incipiente empresa ha tenido aliados incondicionales. Don Emilio, quien le dio la oportunidad de hacer las prácticas y antes que considerarlo una eventual competencia, le envió a uno de sus expertos panaderos para que lo asesorara y le ayudase a corregir eventuales errores de producción. Dayro se ha beneficiado además con aportes económicos de la Asociación Tejido Humano y USAID quienes lo apoyaron para complementar el montaje del negocio, y de un fondo de crédito administrado por el CROJ, que le prestó dinero para la compra de un computador, el cual emplea en el manejo de la pequeña empresa.

Hoy, tras haber culminado las fases iniciales del proceso de restablecimiento de derechos, Dayro es un activo beneficiario del Centro de Referencia y Oportunidades Juveniles (CROJ), participando entusiastamente en múltiples actividades, académicas y recreativas. Además de estar dedicado en cuerpo y alma a su negocio, saca tiempo para estudiar Tecnología en Mercadeo en el SENA, aprendizaje que aspira a aplicar en el crecimiento de su negocio. Tiene muy poco tiempo para el descanso y aunque su vida re-

sulta vertiginosa y atareada, siempre mantiene una amplia sonrisa en su rostro, casi una sonrisa inocente, como si no supiera todo lo que sabe. Sus supervisores coinciden en señalarlo: Dayro rechaza la actitud de víctima y –por el contrario– asume responsabilidad con su vida mediante la toma de decisiones oportunas.

Todas las madrugadas, desde el pequeño local, el mismo aroma se esparce por el barrio. Evidenciando su visión para el negocio, ya Dayro lo había anunciado en la propuesta: “La panadería se abriría inicialmente al público a las seis de la mañana, ofreciendo pan recién salido del horno, para capturar clientela que le gusta el aroma y sabor del pan fresco en su primera dosis alimenticia, como es el desayuno”. Es un olor de tentación que hace que cada día crezca la clientela: el Pan Campesino recién horneado, suave al paladar, el olor que reemplazó al de la pólvora de tantos trágicos momentos.



Este libro se terminó
de imprimir en junio
del año 2010 en los ta-
lleres de Panamerica-
na Formas e Impresos.





Libertad y Orden
República de Colombia



OIM Organización Internacional para las Migraciones



BIENESTAR
FAMILIAR



Derecho
a la **felicidad**

Los reveladores contenidos de los textos plasmados en este libro *Victorias de la Paz, Diez historias de jóvenes que derrotaron la guerra* de Ernesto McCausland, desnudan el impacto de una dolorosa práctica, el reclutamiento forzado de niños en Colombia, por parte de grupos armados organizados al margen de la ley.

El Estado Colombiano, a través del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar y todas sus Instituciones, combate sin tregua esta horrible situación, contando además con el apoyo de la sociedad colombiana.

Con esta publicación, El Instituto Colombiano de Bienestar Familiar - ICBF, la Organización Internacional para las Migraciones - OIM, y la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional - USAID, reiteramos nuestra invitación a los colombianos para que desde nuestro propio rol como ciudadanos, aportemos para que ni un niño más esté en la guerra. A todos los esperamos aquí en entornos fraternos, de amor, protección y felicidad.

Estas diez conmovedoras historias, se suman a muchas otras de niños y niñas víctimas de este flagelo, quienes han podido reconstruir sus vidas y en un proceso íntimo de reconciliación con ellos mismos, con su familia y la sociedad han encontrado un lugar en la vida, con caminos y oportunidades libres y sin retención. A ellos y ellas, que en el transcurso de su paso por el programa de atención a niñez desvinculada han logrado esa consciencia de lo que pueden ser, hacer y tener; a ellos que nos han mostrado que es posible confiar en el otro, dar y recibir respeto y amor, nuestra enorme gratitud y nuestro eterno compromiso desde las instituciones.

ELVIRA FORERO HERNÁNDEZ

Directora General del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar